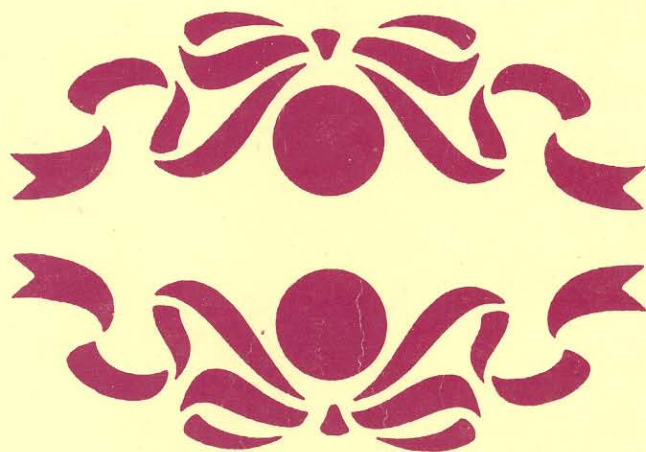


"DIEZ DE JULIO"

Antología y estudio de la obra de
JULIO MARISCAL MONTES



Pedro Sevilla

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Arcos de la Frontera.

Depósito Legal:

SE - 294 - 1990.

Imprime:

Gráficas Mirte. Sevilla, 1990.

"DIEZ DE JULIO"

**Antología y estudio de la obra de
JULIO MARISCAL MONTES.**

Pedro Sevilla.

A mis padres....

Abordar un trabajo tan dificultoso como es la disección de una obra poética requiere, además de la imprescindible buena fe, una delicada exactitud incisiva, toda vez que el objeto de estudio no es un cadáver exangüe, sino la voz cálida de un poeta transformada en verso, Es decir, tenemos ante nosotros no un cuerpo irreversible, sino una mezcla de arte y mecanografía (como dice el poeta madrileño Benjamín Prado) a la que llamamos poema, ser vivo al cual debemos acercarnos con respeto en el intento de desentrañar y desvelar, en la medida de lo posible, las claves humanas o sociales del autor, que precedieron a la escritura.

Si la obra poética objeto de análisis es la de Julio Mariscal Montes, hay que extremar el celo, ya que en una poesía tan profunda, tan minera de lo humano, el más mínimo tiemblo (léase tergiversación) puede producir la sección de órganos vitales.

A modo de justificación, diré que este trabajo tiene un motivo único: Mi gratitud hacia Julio Mariscal Montes., de quien "aprendí que la literatura es un camino alternativo para eludir el angustioso túnel de la vida. O mejor todavía, que la literatura es una luz artificial que ilumina a ese túnel.

Su desarrollo lo he dividido en dos partes: una bajo el epígrafe "diez de julio" que trata de ser un recorrido por las claves de cada uno de los diez libros de que consta la obra edita del poeta, y otra a la que llamo "Contexto", con la pretensión de situar la obra dentro de su correspondiente marco histórico. Al ser el poeta estudiado un hombre en estrecha y misteriosa relación con su pueblo natal, el marco histórico analizado no puede ser otro que Arcos de la Frontera, a cuya historia reciente he acudido en busca de sucesos que de alguna manera influyeran en su vida y su obra.

Antes hablé de mi gratitud hacia Julio Mariscal, gratitud que, entre otros muchos, le profesa también la poeta arcense Pepa Caro. Ella y yo, paralelamente, pues aún no nos conocíamos, observábamos desde nuestra inquieta adolescencia, su declive físico. Le veíamos bajar por La Corredera "cuando el andar pri-

mero de las sombras", bello aún pero aterido de intemperie. Estoy escribiendo de las tardes lejanas de 1975 y 1976 Y quiero plasmar aquí un sueño que tuvo Pepa Caro poco tiempo después de la muerte de Julio, y que ella me relató en 1986, cuando una no velada admiración y pasión por su obra, nos unió en amistad y poesía. Narro el sueño: Era la noche el escenario y la parte antigua del pueblo, tal vez Las Callejas. Pepa y Julio conversaban sobre poesía, sobre la vida... y cada vez que veían acercarse a algún noctámbulo, Julio se escondía para volver después y justificarse: "Es que yo no puedo salir porque estoy muerto y no debe verme nadie".

Este dato es significativo de que Julio Mariscal Montes fue catalizador a distancia (antes y después de su muerte) de un grupo de jóvenes que en la actualidad espera cada tarde, con ojos intranquilos, a un turbador doncel que llaman poesía.

Abordar la obra poética de Julio Mariscal es, en definitiva, acceder a un universo literario de dignidad, libertad y amor, tres conceptos que, de alguna manera, le fueron negados por la vida, pero que él supo conquistar verso a verso en otro mundo más justo y menos ofensivo: en la poesía.

I
"DIEZ DE JULIO"

"CORRAL DE MUERTOS"

"Corral de muertos" es el primer libro que publica Julio Mariscal Montes. Lo hace en 1953, en la madrileña colección "Nebfí", para luego, corregido y aumentado, editarlo nuevamente, en 1972, en la colección "Álamo" de Salamanca.

La muerte dá unidad temática al libro, iniciado con un soneto, "Ciprés", con dedicatoria al poeta Felipe Sordo Lamadrid. Cada poema está dedicado a un amigo del autor, y lleva por título los nombres y apellidos de un muerto.

Efectuando un análisis, aunque somero, de las elegías escritas en lengua castellana, pueden encontrarse tratamientos comunes al tema de la muerte o, parafraseando a Federico García Lorca, a "la pregunta de las preguntas". Este tratamiento común (exaltación de la belleza y las obras del muerto; desesperación ante lo irremediable, que al cabo del tiempo se convierte en estoicismo, incompatibilidad entre lo vivo y lo muerto y la precipitada activación de los mecanismos del olvido) está presente en el libro "Corral de muertos". Así, Julio recuerda a 'Joaquín el de los Burros' "...con locas primaveras de esperanza/brazos al sol y el corazón latiendo", o el poema "José Dolores" insta: "No hay que llorar, muchachas. /No hay que llorarlo.", como queriendo poner una mano de fortaleza y conformidad sobre la pesadumbre de las mujeres que lloran al difunto. En "Rosario Atienza", Julio toca el punto más vulnerable de la muerte: el olvido. "¿Que te lloran aún, Rosario Atienza?"... Un escalofriante final de poema, que confiere al verbo olvidar categoría activa y le convierte en una forma invertida de no haber nacido.

En Julio es terrible la muerte de la carne, de la belleza, y él tiene que acudir al poema para que algo perdure y trascienda en plenitud al ruinoso aspecto de la muerte. En el poema "Fernando", habla de una muerte "que es un poco de todos",

orientando así un acto tan individual, hacia un plano colectivo, ya que él entiende la vida como una unidad formada por millones de células llamadas hombres, mujeres y niños, en total dependencia.

La muerte produce en su ánimo un tímido reproche a Dios: "¿Y es posible, Señor? ¿Y es que merecen/cuatro palmos de malpagada tierra/tanta sangre triunfante, tanta sangre?". ¿Molesta al poeta el silencio de Dios ante la muerte, su aparente "no hacer" en relación con el devenir de la tragedia? Aunque en el apartado dedicado al libro "Quinta palabra" trataré el tema divino, conviene decir ahora que Julio Mariscal era un hombre religioso, pero no al uso de las farisaicas ostentaciones de muchos. Su asunción del dolor como camino para la expiación de la culpa y su total abandono a los designios divinos, entran dentro de la más pura ortodoxia cristiana. No era Julio como el que soborna a Dios con sacrificios para que la preserve de toda mal, sino que su religiosidad era de aceptación y sumisión, lo que no quita algún brote de disconformidad ante la muerte, apreciable en algunos poemas. ¿Puede nacer de ese terror hacia la muerte el presunto acobardamiento que algunos han creído ver en su actitud ante la vida?, Ruiz Copete, por ejemplo, en el estudio introductorio de la Antología Poética que en 1978 publicó la Universidad de Sevilla, dice que Julio era "de carácter abúlico, de conformación asténica" y que padecía "una especie de escepticismo congénito y había venido a la vida con las energías imprescindibles, sin ningún tipo de excedente vital". Creo que no. Hubo un Julio Mariscal joven, singularmente bello, pletórico de fuerza y de moral, enamorado del amor y la vida. Me inclino a pensar que su abulia y su agostamiento llegaron después, cuando una sociedad enferma le rechazó por motivos totalmente íntimos y por tanto dignos del mayor respeto; y si a ello se une su mortificante sensación de culpa, el estimarse impuro ante Dios (había mucho en su personalidad de autodesprecio), obtendremos todos o casi todos los ingredientes psíquicos para la depresión Volviendo a "Corral de muertos", es de hacer notar que Julio

en ninguno de los poemas de este Libro (luego lo hará en "Ultimo día) hace referencia a una vida después de la muerte, siendo éste un concepto tan fundamental de la religión católica. La muerte física es irreversible, "donde te irán comiendo olvidos y gusanos", y al poeta no parece interesarle una resurrección de la carne a largo plazo, sino que se queda con el dolor actual (y a raíz del dolor del poema) por la desaparición de un cuerpo más propio para el amor y la vida que para "el inevitable manojito de amarillos crisantemos".

"PASAN HOMBRES OSCUROS"

Su segunda entrega poética se publicó en la colección "Adonais" en el año 1955. Se trata de un conjunto de veinte poemas de amor, recogidos bajo el título "Pasan hombres oscuros". Son los primeros años de la década de los 50 y el poeta cuenta "treinta inviernos rudos", edad de plenitud física. El amor es entonces una mujer, a través de cuyos ojos el poeta redescubre un mundo bello que antes se le mostraba con tonos grises. Con este libro, Julio Mariscal deja constancia de gran poeta amoroso, y nos ratifica por escrito que a sus treinta años era un ser activo que camina hacia otro cuerpo, que va al amor, que está completamente vivo.

En el primer poema, Julio muestra su incapacidad para nombrar a la amada con palabras. "Fuente, atardecer, locura, mañana, selva, espuma...", son conceptos que no alcanzan a cubrir una realidad que engloba en sí a todas las demás realidades y las coloca en función de aquélla. No hay palabra para nombrar a la persona querida puesto que ésta lo es todo, y en el todo están incluidas las palabras. Al final del poema ha de ser el silencio quien supere esa incapacidad.

Similares coordenadas atraviesan el segundo poema: El Todo (la amada) acapara los fragmentos ("mi río, mi sol...") y se convierte en la meta del amador, que camina hacia Él no ofuscado o bajo los efectos de un místico éxtasis, sino con plena conciencia, elemento que falta en los pseudoamadores, donde se con- funden vendavales románticos con Amor.

En los dos siguientes poemas se produce un estado muy natural en el enamorado. Este hace recuento de su existencia antes del amor y la encuentra invariablemente desabrida. "¿Qué he sido yo hasta ahora?.. Un pedazo de arcilla -grosera, tosca arcilla ". De este modo se define el poeta antes de recibir la lluvia del amor.

"Tú mirabas el río/ la flor recién abierta/ el pequeño morir de los boyeros.../Yo miraba tus ojos". Así comienza, libro arriba, el poema XV, en el que Mariscal eleva el amor a su máxima altura. En efecto, el amor, es tomar conciencia clara de la realidad (áspera o blanda) pero no de una manera directa, sino a través de un intermediario imprescindible: la persona amada. El río, la flor, la muerte, son asumidos no de forma brutal, sino una vez despojados de impurezas por la mirada de aquella persona. El amador asume el mundo (asumir no es aceptar; luego los enamorados pueden transformar la sociedad) y se coloca por encima de "una moneda/lanzada al cara o cruz del desearte". El amor, pues, es un espejo donde vemos reflejada la realidad que deseamos. Así podemos calibrar la discordancia con la realidad que vivimos.

En el siguiente poema "...era como si Dios se reposara/de pronto sobre el huerto y el camino"; o sea, Dios, para Julio, está en la vereda del amor.

El último poema del libro, escrito en versos alejandrinos, y cuyo primer hemistiquio da título a la obra, es un canto al amor activo y responsable. Los alucinados se apartan de cualquier objeto externo para conseguir mayor comunión con lo que adoran. No es el caso de este poeta, que con este poema rubrica un libro de amor que huye de la autocomplacencia y tiene ojos para una sociedad marcada por el dolor: "Pasan hombres oscuros con su miseria a cuestras, /son los abandonados, los proscritos del sueño, /hombres con horizontes de monedas y olivos/que no alcanzan la tierna perfección de la rosa"... Se aflige ante la suerte de unos hombres a los que está vedado el acceso a una cultura y un bienestar porque el destino les impele a cubrir unas necesidades primarias y les aleja de la belleza y de otros sentimientos a los que el poeta accede mediante el amor.

"POEMAS DE AUSENCIA"

Si "Pasan hombres oscuros" es un libro pleno de actividad amorosa, "Poemas de ausencia", publicado en 1957 por la madrileña colección "Lazarillo", supone un repliegue vital del poeta, que deserta de su condición de amador y opta por tenderse en el agrídulce lamedal del recuerdo.

Un mar de tesis podría escudriñarse para llegar al fondo de tan brusco cambio... En "Pasan hombres oscuros" vemos a un hombre luchador contra los prejuicios, vemos a un amador tenaz que vislumbra a través del amor, a Dios y la belleza; y como por arte mágico, nos sorprende con un libro, "Poemas de ausencia", que publicado sólo dos años después de aquel otro del que trae causa, nos muestra a un Julio Mariscal retraído, buscador de evocadores ambientes, embriagado de recuerdos y nostalgias "guardadas en el pico del pañuelo".

Si literariamente el libro no decae en relación al anterior, sí lo hace, y de manera vertiginosa, en cuanto al vitalismo antes esgrimido. Motivado por una sociedad agreste o por temas puramente ontológicos, lo cierto es que a partir de este libro se columbra ya un imparable declive vital, a partir de aquí podemos observar una actividad amortiguada, aunque insisto, en lo literario todavía la trayectoria es ascendente, una ascensión que en lo relativo al tema amoroso llegará a la cima con los poemas de "Tierra".

Ciñéndonos a "Poemas de ausencia", ¿habrían alborada ya las estrellas del amor oscuro?, ¿era fuerte ya el tironazo de la "tierra"? Posiblemente ("ya no eres tú quien-niña-me sostiene: /quien -abril- me florece al costado...") aquel otro amor a contra-sociedad había irrumpido violentamente enervante y le había hecho sucumbir. Pero sería entrar otra vez en el mismo dilema: ¿Era Julio Mariscal un ser apocado y sin vitalidad para plantarle cara a la existencia, o era un ser firme y luchador, al que la sociedad relega por mayoría aplastante? Sinceramente, creo en

la segunda tesis. Nadie, de la lectura de "Pasan hombres oscuros", hubiese podido esperar la temática -sí la fuerza literaria- de "Poemas de ausencia". Sólo una motivación poderosa puede hacer que un hombre con brazos para el amor, se conforme con un puñado de recuerdos y unas tardes de nostalgia lamiéndose en soledad unas llagas muy posiblemente evitables. Lo que el poeta lamenta no es el fin de un amor determinado, sino el fin de una forma de amor que tiene ya otros destinatarios socialmente imprevistos. 10 cierto es que Julio Mariscal no volvería a hablar de amor por escrito hasta 1965, en que publicó "Tierra", un libro patético donde ya no es muchacho que va al amor con vehemencia, sino "tierra" para la saliva y el insulto (ajeno y propio), para el indolente piafar de los caballos.

"Éramos el recuerdo que tenemos ahora". Una idea parecida a este gran verso de Gabriel Ferrater, debió de acompañar a Mariscal por esas tardes de alameda y penumbras, "las manos a la espalda y el corazón contigo". Quizá hubiese sido el tiempo de la huída, de buscar otros horizontes sociales. Julio no lo hizo porque tal vez pensaba que el pueblo era algo más que un asentamiento humano caprichoso: un destino brutal e indeclinable.

“QUINTA PALABRA”

Prologado por José María Pemán y con un excelente dibujo del poeta, obra de Carlos Murciano, la arcense colección "Alcaraván" dio a la luz en el año 1958 el libro más "raro" de los publicados por Julio Mariscal Montes.

He escrito raro pero entre comillas, es decir, apresando la palabra con dos pinzas y tendiéndola en el cordel del aire para que pierda peso y contundencia. Efectivamente, el libro puede parecer un paréntesis en la trayectoria edita de Julio, ya que desbanca de los primeros planos poéticos al amor y la muerte para colocar en ellos a Dios-Jesús-Hombre; pero una lectura profunda de los veinte sonetos que conforman el libro, demostrará que no hay ni paréntesis ni ruptura sino una línea continua, aunque es cierto que utilizando otros materiales poéticos tanto en la forma (soneto) como en el fondo (temática religiosa).

"Quinta palabra" no es, por tanto, un libro raro o atípico, sino la consecuencia lógica de un poeta profundamente religioso que escoge la "cruz" del soneto para acompañar y compartir (el libro no tiene nada de épico) la pasión y muerte de Jesucristo.

Hecha esta salvedad, podemos abordar el tema religioso en la obra del poeta, que creo debe hacerse coaligando tres grandes conceptos: Dios, Jesucristo y Hombre. Dios como concepto abstracto, pero claro, englobador de la Belleza, el Amor, la Vida.. Jesucristo, como eslabón imprescindible entre Dios y el Hombre; y éste como macolla del primero, con capacidad para ser libre, y zarandeado por altas y bajas pasiones. Entre Dios y el Hombre, Jesucristo "Dios y Hombre verdadero" y protagonista en esa doble vertiente de esta "Quinta palabra". No en vano, para marcar de principio la calidad humana de Jesús, julio nos enseña su carnet de identidad: "Nombre: Jesús. El hijo de María. /Nació en Belén. Oficio: Carpintero".

Es posible que este poeta, igual que muchísimos cristianos, de no haber mediado la existencia humana de Jesucristo, hubiese sido un ateo impenitente, ya que ese espacio vacío entre el hombre y Dios, habría imposibilitado la conexión entre ambos. Por eso no hay Dios sin Jesucristo ni Jesucristo sin "humanidad"; por eso Julio no nos habla de un Jesús milagrero sino de un individuo escarnecido y torturado hasta la muerte, y por eso el poeta se identifica con ese dolor e intercala entre las imágenes de la Pasión su dolor personal e intransferible.

Estos veinte sonetos recorren "procesionalmente" la Pasión y Muerte de Jesucristo y tienen una ambientación paisajística totalmente andaluza, arcense: "marceaban los campos", "se espesaba de azul la primavera", etc... Sabemos que Julio fue un enamorado de la Semana Santa, tan viva en el Sur, y que al menos en su juventud acompañaba el recorrido procesional de la Virgen de la Soledad, de la Parroquia de San Pedro de Arcos de la Frontera, la noche del Viernes Santo. y es que el poeta participaba de esa peculiar forma andaluza de apostar por la vida al trasluz de la muerte: un pueblo que en plena primavera, bajo la hermosa dictadura del azahar y el clavel, saca a la calle un Cristo moribundo y una Virgen que llora; un pueblo que muere y resucita cada mes de Abril entre bandas de música y túnicas moradas.

Julio Mariscal, por tanto, no fue un beato de domingueras constricciones, ni fue un asiduo de "los primeros bancos de la misa de doce", pero fue un ser religioso que llegó a Dios a través de Jesucristo, y como él sufrió el peso de su cruz particular. No le faltaron amigos cirineos, pero tampoco le faltaron lanzadas de honorables y hoscos paisanos.

"TIERRA DE SECANOS"

"Tierra de Secanos" inauguró, en 1962, la colección jerezana "La Venecia" y es un libro adscribible a la corriente literaria que por aquellos años estaba empeñada en denunciar, desde una visión intimista del poeta incardinado en un determinado momento histórico, una situación socio-política española clamorosamente injusta. Julio Mariscal Montes -no cabe duda que este libro ha sido determinante de ello- ha sido incluido en diversas antologías de poetas de aquella tendencia agrupados en la llamada "Generación del 50". Así, aparece junto con Ángel González, Jaime Gil de Biedma, José Manuel Caballero Bonald y otros poetas, en antologías de Jiménez Martos, Manuel Mantero y Antonio Hernández, si bien hay que tener en cuenta que Julio es un poeta muy peculiar, lo que por otra parte no es óbice para poderlo encuadrar en un momento literario determinado.

Con "Tierra de secanos", Julio Mariscal adopta una posición crítica, pero no lo hace como otros poetas desde un ateísmo exacerbado o unos posicionamientos políticos de izquierda e incluso de extrema izquierda, sino que lo hace desde unos postulados estrictamente cristianos que ya se vislumbran en "Quinta palabra", libro aparecido años antes. Contestando al cuestionario que le planteó Antonio Fernández en su Antología de poetas del 50, que publicó la editorial "Zero-Zyx", Julio Mariscal dejó claro que su posicionamiento denunciante no obedecía a reivindicaciones políticas sino que estaba trazado por motivos de conciencia humana. "La situación del Sur es inhumana y, por consiguiente, intolerable. Hablo de algunas zonas, claro". Esta conciencia humana de Julio, le lleva a Jesucristo, al que pide en el rotundo poema final: "Por una vez, Señor, rasga la túnica/y enarbola tu látigo, Dios Padre, /y a cinturazo limpio, fecha del claro abrazo de tu pecho/a todos los oscuros, los que gimen, /los que levantan tu cadáver para/redondear la envidia o el negocio. / A todos esos/ que se apiaran bajo tu costado, /que te rezan: "Dios mío", /mientras les vas llenando las talegas". Pocos poetas han

sabido ver al Jesucristo-Hombre con tanta nitidez como Julio, pocos como él palparon claramente que Jesús murió por denunciar unas estructuras sociales injustas y no por anunciar un reino extraterreno. Julio si lo vió y por eso enarbolan su figura y fustiga con ella a los caciques de un pueblo que mide el "Don" "en décadas de olivos".

Esta "humanización" de Cristo lleva consigo una "cristianización" del hombre; por eso nuestro poeta escribe: "Aquí estas Tú, Dios mío, aquí, por esta muerte del jornal y los hijos, por esta dura, irremediable muerte del pértigo, el nublado y la sequía".

No obstante, si exceptuamos el poema "Llamada" en el que Julio insta a los "Hombres de España" a una rebeldía contra la desazón y el hastío, el libro mantiene el fatalismo imperante en la obra toda del poeta, que parece concluir que el hombre no será capaz de salir de situaciones injustas por sí solo, sino con el concurso de Dios, al que en definitiva eleva su plegaria en tal sentido. Quizá falte en el libro esa confianza en el hombre para arreglar los desajustes sociales. De todas formas, Julio Mariscal demuestra su dolor por la suerte de los desheredados y lo plasma en sus poemas. Por caminos terrenos o celestes, abogó por un mundo más justo y, como Blas de Otero, "daba todos sus versos por un hombre en paz".

Pero este libro no contiene únicamente una denuncia social, sino que nos introduce en esa relación misteriosa hombre-tierra que clara o veladamente recorre la obra de Julio. Para él, la tierra no es sólo el estrado donde se apoya el hombre, sino que mantiene con él unas relaciones simbióticas: ella "tiene ese destino de achatarse siempre, /de ser espalda, yunque de galopes, /surco para el maíz y la saliva", pero espera del hombre que "se canse de ser, y se maldiga, /y se le entregue de una vez para su hambre/de siglos y más siglos y más siglos..:". La tierra es un ser vivo "cansada de parir, de amancebarse/con duros aguaceros, con cansinos arados"; no caprichosamente, el próximo libro de Julio Mariscal va a llamarse "Tierra", libro de amor prohibido donde la metáfora telúrica implica una predisposición del poeta

a ser blanco de salivas, hacerse "tierra" para expiar un crimen que nunca cometió, puesto que el amor, el socialmente "bien visto" o el "oscuro", jamás es delictivo y siempre respetable.

Por último, este libro nos refleja lo que fue un pueblo, Arcos, España, en la posguerra. Nadie gana una guerra pero todos la sufren, y la nuestra nos legó el desamparo, la miseria y otros lastres, plasmados por Julio Mariscal con versos plenos de referencias rurales y pueblerinas, en el contexto de un trozo de Historia de España totalmente abominable. "Tierra de secanos" es un libro necesario para todos aquellos que no queremos olvidar la Guerra Civil y sus secuelas, porque el olvido produce repeticiones lamentables. O más duro aún, es preciso no olvidar una historia que, como dice Caballero Bonald, "no se repite, se obstina".

"TIERRA"

"Tierra", para muchos la obra cumbre del poeta, se publicó en Granada, en la colección "Veleta al Sur", en 1965. Arcos de la Frontera, por aquellas fechas, era un pueblo económicamente depauperado, aunque desde el comienzo de la década muchos jornaleros partían para "El dorado" alemán, donde en una selva de forja y maquinaria, entre trabajos forzados, lograban extraer algún filón de "marcos" y volver a España. Arcos era también un pueblo moralmente asfixiante, vigilado por dos torres de piedra santa que no condenaban el secuestro de la tierra, pero sí los besos de amor.

En este contexto salió a la luz este libro de amor, donde ya el poeta denota unas tendencias amorosas distintas a las de "Pasan hombres oscuros", tendencias que nunca aceptó pero que sobrellevó con viril compostura y recurriendo a Dios, y sólo Dios, en busca de comprensión y consuelo.

El libro consta de treinta y dos poemas, y en ellos, cuajados de metáforas, brotan a convulsos y eróticos borbotones las más escalofrantes proclamas de amor imposible. Como marco de esa situación, y actuando a la vez de forma activa y pasiva, se encuentra el pueblo, "ese bosque de lenguas que nos cela"; un pueblo murmurador y delator de todo lo que entiende o le hacen entender amoral, pero también soporte de una raíces culturales y humanas que Julio jamás osó desanclar. Él era superlativamente respetuoso con "el limo de las calles" y, sabedor de que su vida privada no estaba en consonancia con la mayoritaria, se replegó a las sombras. "Si mi tiempo me contradice, lo dejo pasar tranquilamente. Yo vengo de otro tiempo y espero ir a otro". Esta cita de Grillparcer que sirve de pórtico al libro, y que es mitad displicente mitad estoica, define claramente la postura del poeta, si bien es posible que él la hubiese concebido de otra forma. Quizá Julio hubiese escrito: "Si mi tiempo me contra- dice, me sacrifico y lo respeto", para suscribir después, ya literal- mente, el resto del pensamiento.

Sin embargo, el amor puede ser emboscado, pero de ningún modo suprimido. Esta forma de amor, "portazo para madre, hermanos, casa, /amigos y proyectos", significó para Julio Mariscal un desgaje del tronco social, que a una persona proveniente de una familia acomodada.

Exigía posiciones no de prócer, pero al menos de relevancia. El se limitó a ejercer la docencia mientras, salvo excepciones (precisamente el mismo Julio estaba fuera de esas excepciones), era, "azotado con brutal palabra".

Julio Mariscal, sabedor de la clandestinidad en que incurre, inquiere a su velado amante a un amor desprovisto de la ornamentación doméstica de los amores normales "que el girasol del tiempo va llenando de tedio"; a un amor proscrito socialmente al que sólo se permiten unas relaciones de extramuros. En el poema VI hay un momento en que parece decidirse (consejos en ese sentido no debieron faltarle) por una vida normal: "el piso con el gas, /las ocho horas de oficina... Como todos"; pero enseguida sucumbe y se hace irremediamente "tierra". He aquí que la conversión en tierra tiene una doble vertiente interpretativa: de un lado, como simbología de su propio erotismo; de otro lado tierra como sacrificio, como expiación de un pecado del que se sabe inocente, pero del que acepta la condena de los otros (y la suya propia), impulsado tal vez por una fuerza que en su acción-reacción le libera al mismo tiempo que le esclaviza.

Un dato interesante y patético es que Julio sólo consigue un amor de perfil y jamás consumado psicológicamente, ya que el objeto de su deseo se le ofrece únicamente de modo tangencial y subliminal, para colocarse después en un plano social y afectivo en el que no tiene cabida el poeta. De ahí su frustración y su amargura: "otros tendrán un nombre que llevarse a la boca". .

El sino es otro de los' argumentos fatalistas de este libro. Un argumento por demás bastante andaluz, que le hace decir: "comprendí... que estaba /esperándote siglos antes de nacer...", es decir, es la claudicación de la libertad humana ante la victimaria decisión de un Dios (para él Supremo) que "reparte unas parcelas de destino". Aquí se refleja claramente el espíritu andaluz

(Julio era andaluz, ajeno a los nacionalismos al uso actual), un espíritu que acepta la injusticia como un dogma divino y le falta sentido de la rebelión; sabe que en su tierra el dolor se recibe lo mismo que la lluvia, como una bofetada inevitable, y nadie se insurrecciona porque están el azahar y la dama de noche para tapiar los gritos. El andaluz (en general) ignora que el dolor tiene dos caras: una ciega y maldita que camina a zarpazos guiada por un lazarillo absurdo y sigiloso, y otra que es negociable, porque es fruto de las manos del hombre, de manos o cerebros que legislan social y moralmente siguiendo unos cánones bastardos. Julio nunca pretendió luchar contra su destino; sólo miraba a Dios en busca de hospedaje para su triste intemperie. Ni siquiera luchó contra su sino geográfico y estamos de acuerdo con el poeta Francisco Bejarano en que para un ser de sus características lo ideal hubiese sido salir de su contorno, dar cauce a sus impulsos vitales en otros marcos socialmente más permeables.

En el poema VIII, la palabra "treinta" se convierte en látigo que muerde quince veces. Es una cifra que suena a plenitud física, a granada y mediodía, pero (¡aquí el dolor y el poema!) un mediodía que el tiempo convertirá en tarde, es decir, el recuerdo. En Julio, el sentido del gozo y de la vida está muy ligado a la granazón física, que por ser efímera es inefable y triste. Por sus poemas aparece la niña en flor, la trenza adolescente, la cintura joven, la vida plena en fin, y si alguna vez aparece la vejez es como sinónimo de la decadencia "ya con el espectro de la muerte a cuestas".

¡Y Dios en el último verso!. El poema final del libro es una oración y una ofrenda a Dios en la que el poeta implora al cielo que acoja el sacrificio enorme de su "tierra", su yerma soledad. La apelación a Dios es constante en la obra de Julio Mariscal, pero no es una apelación fruto de una religiosidad que soborna la voluntad divina por medio de la oración o el sacrificio, sino que es una aceptación, evidentemente no gozosa, de un designio supremo.

Julio, en definitiva, fue un ser triste. Carlos Murciano ha dicho sobre él: "una de las razones por la que le quisimos fue

por su condición lastimada, porque llevaba la flor de piel las raíces de su desamparo".

“ULTIMO DIA”

Aunque "Ultimo día", libro publicado en 1971 por "Cuadernos del Sur", Málaga, incide nuevamente en el tema de la muerte, no tiene nada que ver con "Corral de muertos". Si éste trata el tema desde un punto de vista totalmente humano, sin remisión posible ante lo irremediable, este "Ultimo día" se centró en lo que podría llamarse trasmuerte, puesto que ya olvidados y sin el dolor antiguo, conduce a los muertos al bíblico "Juicio final" (así iba a llamarse el libro en un principio), en donde cada uno de ellos ofrenda a Dios lo que fuera su existencia. No sería, pues, descabellado tildar de religioso a este libro: Dios omnipotente hace que la tierra devuelva los muertos que en su día se le entregaron y, ya carne otra vez, dialogan patéticamente con Él en un juicio atemporal donde ya no aparece esa rebeldía ante la muerte que traslucían algunos poemas de "Corral de muertos", sino una como sonámbula conformidad.

Cuando aparece este libro, Julio Mariscal es ya un hombre vitalmente mermado. Es más, la publicación de este libro, como de los posteriores, es obra del tesón de sus amigos, que tratan de sacarlo de su postración. En este caso, fue su siempre amigo Carlos Murciano quien recogió el manojito de poemas y, tras laboriosas gestiones, consiguió su publicación del editor Ángel Cafarena. Ocasión ésta para desautorizar a infundadas lenguas que pregonaron y pregonan aún desavenencias entre Julio Mariscal y Carlos Murciano. Carlos (y los demás poetas de "Alcaraván") siempre estuvo con Julio. Versiones en contrario sólo pueden tener como fundamento falta de información o mala fe. El prólogo del libro, firmado por Carlos en el Madrid navideño de 1970, era un breve, pero exacto, recorrido por los libros anteriores del poeta y terminaba alentando a Julio a pro-seguir en la poesía, temeroso quizá de que con el declive físico adviniera también la pérdida de la brújula poética, cosa que efectivamente sucedió: la fuerza de los anteriores libros remitiría ostensiblemente. "Poemas a Soledad" si brilla, pero son versos nacidos en los años 40.

"Ultimo día" está dividido en dos partes: "Seis notas en torno a un muerto" y otra que da título al libro. La primera mantiene el tono de "Corral de muertos", es decir, se transmite ese desamparo ante una muerte ineludible, sin que aparezca la connotación religiosa que podría llenarle de sentido. La segunda parte, en cambio, Dios mediante, invierte la relación "nacimiento-muerte-olvido-no nacimiento" (de la que hablé en el primer libro) y consigue que los "muertos-olvidados-no nacidos" surjan de la tierra que un día los acogiera. Son ya seres totalmente individuales, sin ninguna relación de tiempo ni espacio ni ningún apego sentimental a la vida tal como antes la concebían, lo que parece postrarles en una desazón e inseguridad totales: El poema "La verdad", concluye: "Pero, Dios mío, ten piedad, no escuches, /porque quizá, mi voz se va colmando/de soberbia y entonces... Y entonces yo, Señor, /¿Verdad? ¿Soberbia?.. Verdad dime, /dímelo Tú, Señor, pero no escuches...", o el "Eunuco" se convierte otra vez en un puñado "¿de qué, Señor?, sólo un puñado/de tierra, sal dolor, lo que Tú quieras", y "El Poeta", Julio por ejemplo, clama: "Aquí me tienes ya, frente a tu altura, /a dos dedos escasos de tu índice. /No te sientas, Dios Padre, Señor, /vuelva otra vez al polvo, al salivazo/de ser paria de todos los caminos. / Aunque, Señor, Dios mío, yo sé que todos los caminos/van sin remedio a Tí, sin más remedios...". En el último poema, "El Río" se siente vertical y grita "para alcanzar !por fin!/-¿gusano?, ¿nube?-/la mirra o la remita de olivera'.

Pero no es sólo el hombre el que comparece a la judicial presencia de Dios. Son también los elementos que lo marcan y lo moldean los que acuden a juicio: Así, la tierra, el viento, el agua, elementos en eterna simbiosis con el hombre, deben presentarse ante Dios y argumentar su inocencia: La tierra, por ejemplo, se excusa: "Fui trazo horizontal sobre el orgullo, /posa- da del dolor, pisoteada/madre abierta en las noches sin albores, /Penélope de soles y cosechas".

"POEMAS A SOLEDAD"

Guillermo Sena Medina, poeta y hombre de Leyes, jiennense de La Carolina, llegó a Arcos de la Frontera por motivos profesionales en los primeros años setenta. No tardó en intimar con los poetas de "Alcaraván", y, concretamente con Julio Mariscal Montes mantuvo unas relaciones fraternales. Le recuerdo aquella tarde en lluvia del noviembre de 1977 llorando desconsoladamente Cuesta de Belén arriba, portando el féretro de Julio junto con otros poetas y amigos.

En 1975, fruto de aquella amistad, Guillermo publica en la colección "La Peñuela" de La Carolina, el libro "Poemas a Soledad", escrito por Julio mucho tiempo antes y algunos de cuyos poemas fueron publicados en revistas de los años cincuenta. Quiero destacar aquí la gran labor de Guillermo Sena con la publicación de este poemario, ya que de no mediar su tesón no hubiese sido posible, pues Julio, a dos años de su muerte, era ya un ser apático hasta la extenuación. Imagino la cantidad de amistosos litigios que debieron mantener para que al fin se decidiese a dar a la luz estos "Poemas a Soledad", a mi entender imprescindible para un conocimiento exacto de su poesía.

"Poemas a Soledad" es la historia del primer amor, un amor turbador y adolescente, contado y cantado desde la fatalidad que otorga el tiempo muerto, pero sin que esa fatalidad implique desapasionamiento, concediendo de esta forma al libro un aire de perpetuidad sentimental, mirada eso sí al trasluz de un tiempo que produce desazón por su fugacidad. Así, Mariscal, en el poema póstico, inquiera: "Decidme, porqué siento repetirse en mi sangre/el dolor imposible de los primeros besos", lamentando la pérdida de una época -la adolescencia- que no volverá nunca; o en el poema XX se queja: "y es que ya nunca más - ¡Ay!- nunca, nunca/volveremos a ser para el mañana". Es decir, el poeta, desengañado por el inexorable paso del tiempo, rememora un primer amor vivido entre libros de Bachillerato y nos-

talgia de internados: "Esta primera carta, Soledad; sólo tiene/dos palabras: tu nombre y esta otra: te quiero...".

"De pronto, ya te digo, turbadora y solemne/pasaste a ser diana de mis ojos, /me floreciste inesperadamente/tan si aviso, que mis quince años/se quedaron de piedra en la noticia". De esta forma nos narra Julio el instante preciso del enamoramiento adolescente. Luego, esa agonía tonificante que es el amor, esa desesperación, ese beso primero irrepitable, pueblan un libro en el que Julio nos da nociones claras de amor del bueno, como hiciera ya en "Pasan hombres oscuros". He aquí una muestra: "El mundo tenía notas porque tú se las dabas", o "y tú cruzabas y contigo el mundo/que mi madre quería para luego, /pero que yo llevaba entre los ojos...", o esta otra: "Todo, amor mío, /me vienen tí que no eres nada/pero lo tienes todo...". Como se ve en estas citas, la persona amada pone orden a un mundo caótico y consigue centrifugar el desorden, un desorden que tiene orígenes objetivos y subjetivos en el que ama, el cual se siente impulsado (el amor es una fuerza no estudiada por Newton) a la consecución de un mundo más justo. Por eso Julio Mariscal, en sus más agudas fases de enamorado, no abandona la realidad que le circunda: En "Pasan hombres oscuros" tiene ojos para unos seres marcados por el dolor, y en "Poemas a Soledad" lamenta la cruda realidad de unas prostitutas con el "fantasma del hambre pegado a los talones".

Los poemas XVI, XVII Y XVIII son de un patetismo especial ya que en ellos se narra en torturados versos, imposibles de leer sin que aparezca el dogal de la pena en la garganta, la muerte de la amada y el final traumático del primer amor: "que ya tú te habrás ido para siempre/y no cabrá fingir que a algún bordado, /a casa de una amiga, /a cualquier futilidad de mujeres..."; "Tengo que repetirme que te has muerto, /gritarme que te has ido de mis horas"; "Yo sé que alguna tarde -te decía- /me sacaré este clavo de tu ausencia."... Versos duros que tendrán su culminación en el poema XIX, cuando el dolor se hace irresistible y el poeta decide "estarse quieto, mano sobre mano/y estallar de una vez y para siempre".

El poema XX es significativo del desencanto por el paso del tiempo: "Había que ser hombre y ya lo somos"; y por supuesto, el poema final del libro es una oración a Dios, remanso de paz en donde Julio se refugia de la intemperie, pero al que sabe que no puede acceder más que de una forma, mediante el dolor: "... Dios mío, gracias, /gracias por estas tardes ahogadas/como el último aliento/que nos rocía el alma de agua buena..."

"TREBOL DE CUATRO HOJAS"

En la primavera sevillana del año 1976 brota este "Trébol de cuatro hojas", último de sus libros publicados en vida. Ese año, España estaba expectante: Franco había muerto unos meses antes y, en un clima político agitado y violento, la incertidumbre sobre los destinos del país era notoria. Mientras en el Norte se empezaba a hablar de autonomía para determinadas regiones, en el Sur corría de boca en boca la palabra justicia. El campo andaluz conoció las primeras movilizaciones y huelgas desde la Guerra Civil.

En ese clima de ebullición generalizada, nace este libro enervante, de un Julio Mariscal ya enervado. Le recuerdo bajado por las tardes, a un año de su muerte, definitivamente tomado de hombros en busca de los pozos de café de cualquier bar, los ojos ya sabios y la boca entre el otoño y el tedio. Literariamente, también estaba decaído. Lejanos eran aquellos versos temerarios de "Tierra" o las sensuales metáforas de "Pasan hombres oscuros". Este "Trébol de cuatro hojas" pretende ser una recapitulación de su vida y en ella el poeta evoca las cosas idas, en un imaginario paseo por las habitaciones de su casa de siempre: La sala ("Aquí mi madre, la consola/y el estrado de mimbre,"); el jardín ("Paseo por tus flores esperando que un día/su fragancia me pueda, /sus pétalos me cubran"); el desván ("Aquí tú, pudridero del esplendor maduro de otros días:"); el patio, la cocina, y en todos ellos la nostalgia del poeta, que oye pasos de personas queridas y ya muertas, el dolor de una vida irreversible. En todos estos poemas, el lenguaje se relame en la nostalgia y en la evocación, transmitiendo un clima de tristeza y pesadumbre agobiantes.

Totalmente desengañado de la vida, aferrado a Dios como siempre ("pienso, Señor, que tú no me abandonas"), pasó Julio Mariscal sus últimos años en una tierra que, como dije al principio, giraba con vehemencia buscando un destino que ya no le incumbía. Noviembre de 1977 estaba cerca y el poeta intuía una muerte que no faltó a la cita.

"AUN ES HOY"

Los que vivimos la Semana Santa de Arcos (la andaluza toda) y le pagamos a la vida, en plena primavera, ese diezmo de sangre y de tragedia representado bajo un cielo de terciopelo azul al son de una banda de música, al llegar el Viernes Santo, bajo una luna añeja y un Cristo que nos clava su muerte vertical, sentimos una como nostalgia triste-alegre, como un dolor suave, casi tierno, que aprieta la garganta. Algo parecido ocurre cuando, tras la lectura emocionada de toda la obra edita de Julio Mariscal Montes, llegamos a su libro postrero, publicado tres años después de su muerte, gracias a la labor editorial de la colección "La Peñuela" de La Carolina.

Este libro postrero, "Aún es hoy", está fechado en los primeros meses del año 1974, concretamente entre el catorce de enero y el veintisiete de abril, y tienen ese aire añejo, amarillento, de las postrimerías. Julio hace en él un recuento general de su existencia, dudando a veces si está vivo aún o, ya muerto, ha puesto en marcha sus mecanismos de desmantelamiento: "¿Acaso la ceniza de la muerte/que ya he empezado a despojar mi vida?". En ese doloroso recuento rememora el pasado, para concluir en plena desesperanza que el tiempo muerto, a fuer de inasible, es utópico y, por utópico, irreal, inexistente. Es decir, el poeta no sólo carece de futuro (se sabe ya cercado por la muerte) sino que duda de su pasado; no tiene "certeza" de que haya existido, y, aunque así fuese, siente que a fuerza de tiempo muerto, el pasado ha prescrito sentimentalmente. Al final, en el potro de la nostalgia, concluye: "no, sólo hay un instante, ese que añoras" ,

"Aún es hoy" es un libro del mismo corte temático que "Trébol de cuatro hojas", Escritos ambos en los últimos años del poeta dejan traslucir una fatalidad infinita y nos muestran el derrumbamiento físico y vital de su autor, reflejado bajo el bello tul de la nostalgia. Por supuesto, Dios está en el norte del poeta hasta el último segundo: "Me quedas tú, Señor, me quedas/entero y firme como en Galilea". y en medio de la desolación, el amor, al que rechaza y llama al mismo tiempo: "Pero no quiero,

no, no me atosigues/de nuevo, amor..."; aunque luego dirá "corre, ven, otra vez, me encontrarás abierto/como el labio sutil de la granada". Esta conducta dual ante el amor, esta acción-reacción que le libera y al mismo tiempo le esclaviza, acaso sea la clave de este libro y la clave exacta de una existencia zarandeada por fuerzas antagónicas, que le condujeron irremisiblemente a la muerte.

CONTEXTO

"EL PUEBLO, YA SABEIS:"

Julio Mariscal Montes fue un hombre de pueblo, de su pueblo, por lo que cualquier trabajo que pretendan plasmar el contexto de su obra, ha de hacerse a través de los parámetros históricos de Arcos de la Frontera. Obviamente, la historia de un núcleo urbano está incardinada en la del país al que pertenece, pero no por ello deja de tener su pasado peculiar, intransferible.

Si Francisco Umbral dice que la gran ciudad es el único sitio donde se puede dar la vuelta al mundo en un día, puesto que en ella está toda la generosidad y diversidad del paisaje humano, la rotación del pueblo es lenta, y en él se escribe la historia a base de muertos conocidos, odios y amores largos, heredables. Siguiendo con Umbral, si una ciudad (su Madrid, por ejemplo) es una simultaneidad de pasados, presentes y futuros, el pueblo es un pequeño aro, una noria, una circunferencia en todo caso, donde la existencia, a través del tiempo, gira con lentitud. Se suceden así inviernos, primaveras, veranos, otoños, inviernos... El hombre es un ser municipal, miembro del casino o hermano de una Cofradía de Semana Santa, cría a sus hijos y tiene plaza propia en el cementerio. La muerte en los pueblos es más visible, más insoslayable, y la moral más rígida. Quizá la historia de los pequeños asentamientos humanos sea la crónica de las grandes renunciaciones personales: Se imponen unos determinados modelos sociales e individuales, y todo el mundo pasa por la plaza pública para demostrar que los asume y respeta. El rebelde es inmediatamente detectado, catalogado y bautizado con un nombre que casi nunca merece

"UN PUÑADO DE CASAS, UNA PLAZA, UNA FUENTE,"

Arcos de la Frontera (Cádiz). Año 1922. El 18 de noviembre de ese año nace Julio Mariscal Montes. Su nacimiento se halla inscrito en la sección primera del Registro Civil de Arcos, al folio

776 del tomo 105. Conforme a dicha inscripción, tuvo lugar en el número 15 de la calle Cuesta de Belén, fruto del matrimonio formado por D. Aurelio Mariscal Sandoval, comerciante que regenta un establecimiento de tejidos en la calle Castelar 11 (hoy Corredera), y Dña. Josefa Montes Iyáñez.

Ese mismo año se inaugura el Colegio "Nuestra Señora de las Nieves", donde al girar del tiempo Julio cursaría sus primeros años escolares y luego ejercería su profesión de maestro. El futuro poeta no tendría ningún problema (no moriría de hambre y miseria como otros muchos niños) gracias a la estabilidad económica de la casa en donde nace.

La "Revista Ilustrada de Festejos" de la Feria de 1924, incluye el programa de actividades festivas, una de las cuales consiste en "reparto de pan a los pobres" en el Ayuntamiento, después del recorrido procesional de la Virgen de las Nieves. En la misma revista, el abogado D. Francisco Baena Jiménez explica las doctrinas de Henry George aplicables a la problemática del campo, que abogan por la supresión de la renta de la tierra. Baena denuncia la situación que padecen los trabajadores del campo, estancada desde el siglo XVII, y establece una relación entre la evolución social y el régimen de explotación de la tierra. También en dicha publicación, el párroco de la Iglesia de Santa María, D. José Vera Bejarano, coloca a San Miguel Arcángel, Patrono de Arcos, entre los mayores príncipes celestiales. Se ve que las doctrinas de George debían de parecerle demasiado terrenas.

Según escribe Cristóbal Romero, poeta del grupo "Alcaraván", todos los pueblos tienen su tonto y su banda de música. Arcos, en 1926, cuenta con su Banda Municipal que ameniza todos los acontecimientos religiosos y civiles. En Julio de ese año pone música de pasodoble a un homenaje a la vejez (¿dónde ya aquellos viejos?) mientras Julio cumple ya tres años. Este 1926 y siguientes son años de euforia por la llegada del ferrocarril, proyecto que venía de las últimas décadas del siglo XIX. Se construye la vía férrea, que ha llegado a nuestros días abandonada, llena del almagre del tiempo, y con la explanada

que debió ser la estación "aprovechada" para citas de un amor apresurado y clandestino y más recientemente por jóvenes que buscan en la heroína un camino que, como el tren de Arcos, no va a ninguna parte.

Pero gira la ruleta rusa del tiempo. Un tronar de fuegos artificiales, como un revólver celeste, anuncia Fiesta Mayor. 5 de agosto de 1929, Virgen de las Nieves, Patrona de Arcos, y el pueblo, por iniciativa del Ayuntamiento, rinde homenaje a Bartolomé Romero Gago, canónigo de la Catedral Hispalense, nacido en Arcos en 1861. Calor, piojos y hambre entre los asistentes. Se acerca la década de los treinta, uno de los períodos más abominables de la historia de España, de la historia de Arcos.

"ALGUNA VEZ TAMBIEN SE MUERE ALGUIEN"

Para Julio Mariscal Montes, aparte de la tragedia nacional y anteponiéndose a ella en el tiempo, sobrevino uno de los hechos más brutales que pueden sucederle a un niño: la muerte de su padre. A la edad de 52 años, el día 1 de enero de 1934, fallece en Arcos D. Aurelio Mariscal Sandoval. Su defunción se halla inscrita al tomo 109, folio 367 vuelto, de la sección 31 del Registro Civil de Arcos de la Frontera.

Anoto estos guarismo no aprovechándome de una situación privilegiada para acceder a unas oficinas públicas, sino porque quizá en estas inscripciones, en estas actas foliadas y selladas que forman un Registro Civil, esté también la verdadera historia de un pueblo, su imperecedera sucesión redonda de natalicios, bodas, defunciones, natalicios Cuando llega el 18 de julio de 1936, Julio Mariscal Montes va a cumplir los 14 años de edad y un trienio sangriento acaba de iniciarse. En Arcos de la Frontera no hubo enfrentamientos tumultuarios, pero la muerte fue nocturna y selectiva, "el pueblo, ya sabéis...". Una mujer que llora por el frío que le espera, un hom-

bre que maldice despertado del sueño, y un disparo en la noche que le cierra los ojos para siempre. La locura de la Guerra Civil dio patente de inmunidad a ancestrales odios, que vieron en los desmanes colectivos argumentos para venganzas individuales. Hubo niños de luto y hasta nuestros días han llegado mujeres, viejas ahora pero ancianas desde 1936, a las que una noche, un segundo después de la mejor caricia, se les robó el marido y nunca les fue devuelto. Julio Mariscal era ya plenamente consciente de estos acontecimientos, y como todos los jóvenes de su edad debió de mantener hasta su muerte, en algún pliegue del recuerdo, un eco mortecino de disparos. Según Juan García Hortelano, en su antología de "Taurus" "El grupo poético de los años 50" (en la que no incluye a Julio Mariscal), "por muy imprecisas consecuencias que suela proporcionar la excavación en la infancia de un escritor, esta búsqueda no se soslaya con facilidad al tratarse de escritores que vivieron su infancia durante una guerra civil de inolvidable ferocidad". Por supuesto que no. Para todos los españoles vivos en 1936, la Guerra Civil fue un acontecimiento que marcó definitivamente su existencia. Después de todo aquello ya nadie volvió a ser el mismo. Para Julio, estos acontecimientos, unidos al fallecimiento de su padre, debieron de ir conformando ya una personalidad predispuesta al dolor; debieron de ser muy duros esos años en su casa (en todas las casas), marcados por un ambiente mayoritariamente femenino, que él retrata en algunos poemas; su madre, las amigas de ésta, y él de niño ruboroso que aprende a ver la vida al trasluz de la tristeza. En resumen, y siguiendo a Juan García Hortelano, dos son las certidumbres más nítidas con las que se encuentran los niños y muchachos de la Guerra Civil: la barbarie humana y la sobrecargada influencia femenina. La diáspora de los varones (muerte, exilio, cárcel) hizo que muchos niños tuviesen que crecer sin el imprescindible pilar afectivo que significa un padre. Julio sufrió ese trauma adicional, aunque, como ya he citado, la muerte de su progenitor acaeció en 1934 y por causas ajenas por tanto a la contienda española.

De la barbarie humana debió de nacer en el poeta ese sentido tan claro y a la vez tan sinuoso de su más irracional expre-

sión: la muerte. Su primer libro, "Corral de muertos", que publicará con 30 años, lleva toda esa carga trágica del fin de una vida, y poco importa que los muertos de sus poemas no hayan perecido violentamente, para poder asegurar que Julio había adquirido con plenitud el concepto de la existencia como material fungible, olvidable. Los muertos, para él, son hermanos en la desolación y, al menos en este libro, no tienen aún el asidero divino que sí aparecerá después en "Ultimo día". Ni que decir tiene que la Guerra Civil, con sus esquelas mortuorias de viva voz, transmitieron a un Julio Mariscal con 13 ó 14 años, ese sentido tan cabal de la muerte que le acompañó (y atormentó) durante toda su vida. De esa certeza brota, pues, uno de los argumentos básicos de su obra poética, el destino mortal del hombre, que, lejos de sumirle en la apatía que alguien ha diagnosticado, le lleva al amor como antídoto, un amor que poco importa si es heterosexual ("Pasan hombres oscuros" o "Poemas a Soledad"), homosexual ("Tierra") o social ("Tierra de secanos"), puesto que lleva como norte a Dios ("Quinta palabra"), en cuyo nombre se han cometido las mayores barbaridades, pero que también autentifica actos humanos mayoritaria y arbitrariamente tenidos por detestables.

Mas no adelantemos acontecimientos. Alguien grita: "La guerra ha terminado", y comienza la década de los 40, la postguerra, que fue una paz fingida y precaria donde brotó vigorosa la flor del hambre. Se diga lo que se diga, el dinero y el poder son los dos grandes dioses de un pueblo: La Iglesia sonreía a los vencedores y prometía a la gente un paraíso eterno como resarcimiento de una vida jironada de miseria y calamidades que había que aceptar porque Dios, infinitamente justo, así lo disponía. Julio Mariscal, merced a la solvencia económica de su familia no tuvo problemas materiales, pero por vía de solidaridad sufrió la indigencia de un pueblo con hambre de pan y justicia. "Tierra de secanos", que se publicará en 1962 será un fiel reflejo de aquellos años especialmente difíciles

"PORQUE PUEBLO ES SUDAR, PARIR, PARTIRSE..."

Julio Mariscal, en 1940, cumple 18 años y ha obtenido el título de Bachiller en el colegio "Las Nieves", donde estudia desde los seis ininterrumpidamente. Al iniciarse la postguerra, Julio es ya un muchacho alto, masculinamente guapo. Un arcano destello al fondo de sus ojos, indica que ya conoce el amor, un amor indignamente arrebatado por la muerte: una enfermedad pulmonar típica de aquellos años, acabó con la vida de una joven, protagonista póstuma de "Poemas a Soledad".

El final traumático de esa primera experiencia amorosa, sume a Julio Mariscal en una profunda desesperanza; suspende la reválida (examen de Estado) y desiste de su primer proyecto, la carrera de Filosofía y Letras, permaneciendo dos años sin estudiar. Es en este tiempo cuando se va compactando la personalidad del poeta: por un lado, su lucidez mental para calibrar nuestro destino efímero; por otro, el amor como contrafuerte, porque sabe que dos cuerpos que se abrazan anulan a la muerte, la invalidan; y por último, su dolor ante una sociedad que no reparte equitativamente los frutos del trabajo, desheredando de forma arbitraria a la gran mayoría en beneficio de unos pocos. Estos tres elementos ontológicos (muerte, amor y justicia) tienen como destinatario a Dios, pero no a un Dios burgués que bendice al poderoso mientras exige sacrificio al débil, sino a un Dios humanizado que se vistió de hombre para hablar de solidaridad y justicia. Ya dije que Julio, de no haber mediado Jesucristo, posiblemente hubiese sido ateo, no hubiese visto a Dios entre tanta podredumbre. .

De la desazón vital que sufrió por la pérdida del primer amor, sale Julio con las lógicas cicatrices pero dispuesto a enfrentarse a la vida. La muerte ajena, querámoslo o no, es una inyección de moral para los que quedamos vivos. El hombre que va a un entierro, además del pesar por la pérdida de un ser conocido o querido, lleva, consciente o inconscientemente, una

alegría íntima no incompatible con el dolor, por el hecho de seguir vivo, de sentir en los hombros la llamita pequeña de un retal de sol mientras dentro del ataúd es ya noche cerrada para siempre. A Julio le queda además la certeza de que el amor existe y de que por los ojos de otro ser humano podemos ver el mundo y cambiarlo. y le queda Dios, Jesús, como referencia exacta de justicia.

Pero, ¿es ya Julio Mariscal Montes un poeta?; es decir, ¿ha sentido ya (años 1945-46) la necesidad imperiosa de dejar constancia escrita, y artística, de su falta de acuerdo con una realidad cruda? .

No, si hemos de dar crédito a lo que manifestó a Antonio Hernández en la encuesta que éste le planteó en su citada antología publicada por "Zero Zys": a la pregunta del antólogo sobre "cuándo, cómo y por qué" se originaba en él la necesidad de hacer poesía, Julio contesta escuetamente que en 1952 y por un deseo imperioso. Es evidente la inexactitud de la fecha, puesto que sabemos a Julio entregado a la poesía desde muchos años antes: En la "Antología Española del 46", publicada por "Gráficas Flora" de CABRA (Córdoba), aparece un poema suyo, y en el año 1949 inicia en Arcos con los hermanos Antonio y Carlos Murciano, Cristóbal Romero, Antonio Luis Baena, Juan de Dios Ruiz Copete y otros, una aventura poética común, "Alcaraván", que tuvo una resonancia dentro y fuera de España, insospechada por aquellos muchachos de entonces. Quizá Julio, en aquella lacónica contestación a Antonio Hernández, consignó el año 1952 como fecha en que se decidió a dar a la luz su primer libro, "Corral de muertos", elegías que publicó "Neblí" en 1953 Pasemos ahora a la segunda parte de la respuesta Julio informa que escribe "por un deseo imperioso". ¿De qué? Es una pena el laconismo del interrogado, pues la pregunta de Antonio Hernández pretendía indagar también en los presupuestos intelectuales y ambientales (familia, cultura) que le llevaron a escribir. De todas maneras, su forma de concebir el acto poético, su frase "yo no escribo los versos, los sudo", denota una vehemencia que le hace acudir al folio en blanco para, por medio de la

palabra, tratar de sincronizar su corazón y el mundo, conseguir mediante un hecho sublime como es la acción creativa, emanciparse y colocarse por encima de un universo absurdo al que sólo Dios (Él es el verdadero destinatario de su poesía) da validez y sentido.

Ahondando en el tema divino, no se puede efectuar un retrato intelectual de Julio sin un análisis profundo de su religiosidad, cuya manifestación más externa es la Semana Santa. La primavera es a la vez sagrada y profana, y en nuestra tierra, el mundo huele al sexo vegetal de la dama de noche. Es tiempo de belleza, al que se accede a través del pórtico del "miércoles de ceniza", como si la vida nos exigiese un diezmo de muerte para poder gozarla.

Este pensamiento me trae a la memoria las cuaresmas arcenses: un cielo atardecido, verdiazul, y una luna amarilla que caza golondrinas infantiles; miradas que se cruzan y se van al amor, o se van a la muerte. También me lleva, por los conductos de la imaginación, a aquellas primaveras pobres de los años 40. Allí está Julio Mariscal: le veo con nitidez en marzo de 1940, en la Iglesia de San Francisco, elaborando los estatutos de la Cofradía de penitencia de "Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas y María Santísima de la Amargura", hermandad que desde entonces, todos los Lunes Santos, entre nazarenos negros y cirios como estrellas ordenadas, saca a la calle un Cristo derrengado por el peso de la cruz, seguido de una Virgen con lágrimas eternas.

Efectivamente, el andaluz, Julio Mariscal, paga el tributo de penitencia para poder gozar la explosión de Abril. Pero no lo hace en vano: en la rememoración colectiva y espectacular de la Pasión y Muerte de Jesucristo, está la clave de un pueblo que conoce el dolor, que recuerda el dolor y lo reconvierte en fulgurante afán de vida. Por eso la Semana Santa no es triste, y cuando pasa un Cristo con su muerte mecida por una calle estrecha (beso de cal y claveles), una alegría que llora nos enciende la sangre. Dichosos los pueblos, los hombres que recuerdan sus dolores antiguos; lástima que estos hombres, estos pueblos

andaluces, no sepan aprovechar la fuerza creadora de esa Conciencia del dolor,! no ejerciten su capacidad individual y colectiva para luchar contra él. Esta aceptación, esta incapacidad humana ante el dolor social, queda plasmada, como ya expuse, en "Tierra de secanos", siempre a expensas de que Dios intervenga en la Historia y traiga la justicia. Pero también está dicho que Julio Mariscal denuncia la injusticia única y exclusivamente desde sus postulados cristianos, postulados que exigen que el amor sea el único mediador en el tema. De todas formas, esta fe de vida y esta sumisión ante el destino, son sombra y luz de una tierra de largas privaciones que ha dado hijos orgullosos y estoicos hasta la exasperación.

Julio Mariscal llega más lejos: en su "Quinta palabra", incrusta su dolor personal en el excelso dolor de Jesucristo, lo humaniza de tal modo que cuando vemos a un Cristo agonizante en nuestra calle, coronado de espinas y de luna, seguido por una banda de música, estamos observando nuestro propio dolor, estamos asumiendo nuestra propia cruz.

Abundando en este pensamiento, cito a José María Pemán: "Así, hablando, entrándose por los ojos, mezclándose en la bulliciosa algazara de nuestras calles, es como comprende a Cristo nuestro pueblo".

Por eso la saeta, manifestación religiosa del flamenco, es un grito, un aullido que se ofrece como Cirineo para aligerar el peso de la cruz de Cristo. No es un grito timorato que pide absolución, sino una propuesta de solidaridad con el dolor.

Y al hablar de flamenco, creo que completamos ya el retrato metafísico del poeta. Julio y el también poeta y arcense Antonio Murciano (número uno indiscutible) son los dos máximos conocedores locales del arte flamenco. Antonio ha traspasado con mucho los linderos arcenses y hoy es un flamencólogo nacional e internacionalmente reconocido y estudiado. Ahí están las grabaciones de sus letras (de ambos) en las gargantas "jondas" de "El Perro de Paterna" "Rufino de Paterna" "Los Panderetos"... letras que pueden brotar de forma Insospechada en un bar de

nuestro pueblo, una noche cualquiera, estimuladas por el vino de la memoria, como apunta Félix Grande.

Quedándonos en Julio, está claro que un arte tan enraizado en el pasado colectivo de Arcos, no podía pasar desapercibido para un poeta inmiscuido en la "minería humana". Si el flamenco es dolor y recuerdo, no podía faltarle la adhesión activa y entusiasta de un poeta dolorido y evocador. Julio Mariscal, miembro de una familia ajena a la inestable cuna del cante, demuestra una vez más su toma de posición a ras de pueblo y pone su vena artística a disposición de sus más genuinas manifestaciones. Este trabajo le valió, entre otros, el título de Caballero Cabal de la Orden Jonda, de la Cátedra de Flamencología de Jerez.

"PERO TAMBIEN EL PUEBLO TIENE SU ESPADAÑA"

Hecha esta avanzadilla ontológica, debemos poner de nuevo en marcha el decurso de la historia local: Año 1946; tocan diana en la vida de nuestro hombre. El artillero Julio Mariscal Montes es destinado al Campo de Gibraltar. En los días libres que le permite su vida militar, frecuente Cádiz, donde agiganta sus conocimientos poéticos y flamencos en sus contactos con poetas como Fernando Quiñones, Felipe Sordo Lamadrid (al que luego dedicaría su "Ciprés"), José Manuel Caballero Bonald... Allí comienza también sus colaboraciones y trabajos en la revista "Platero". Una vez licenciado, en boca de Juan de Dios Ruiz Copete, Julio "llevaba - traía- en el macuto un júbilo contenido, una avidez sosegada -ya hemos dicho que estos años constituyen los únicos rotundos de su vida- por succionar, de golpe, la claridad del pueblo, su geometría inverosímil y, sobre todo, lleva -trae- una carga poética reprimida por tres años largos de cuartel machete e imaginaria- por los puertos de Cádiz".

Es el año 1949; una camada de alcaravanes va a asomarse al mirador poético para emprender un vuelo majestuoso.

"Bajo este sol del estío andaluz, sale el primer número de nuestro quincenario "Alcaraván". Así encabeza su declaración de -: principios el primero de los números de la revista, fechado en el polvoriento 15 de agosto arcense, del año 1949; declaración de principios que abre una puerta a las inquietudes poéticas como alternativa a "la terrible prosa de la semana". Pero, ¿qué es "Alcaraván"? Es el producto de una necesidad literaria a la que llegaron, por distintos caminos, unos muchachos arcenses que al girar de los años, verían su nombre (la mayor parte de ellos) en las primeras planas del panorama poético español: Antonio y Carlos Murciano, Cristóbal Romero, Juan de Dios Ruiz Copete (excelente ensayista tras unos comienzos poéticos prometedores), Antonio Luis Baena... Julio Mariscal, imponente ya en el poema "Evocación y nostalgia del viejo reloj" que publica en ese primer número de la revista.

"Alcaraván" es la confluencia literaria de unos jóvenes, discípulos de clásicos (Quevedo, Garcilaso...) y contemporáneos ("La voz a tí debida" de Pedro Salinas; Alberti, Federico... y en el caso de Julio, de un poeta que parece influyó mucho en su primera etapa, Foxá). Es lógico pensar que los contactos de Julio con el Cádiz literario de los poetas antes citados, con el trasiego de libros de distinta cuerda poética, acrecentaron su visión artística.

Lo cierto es que "Alcaraván", logró una resonancia inusitada y en sus páginas se escribieron mecanográficamente poemas y prosas de Juan Ramón Jiménez, José María Pemán, Fernando Quiñones, Antonio Gala... No podemos por menos, a la vista de estos folios ya amarillentos y de mohosas grapas, evocar aquel ardor antiguo y juvenil que todavía perdura.

No acabó aquí la actividad del grupo. A la rudimentaria y cálida revista, que cumplió su cometido hasta principios de 1956, siguió la convocatoria anual del premio "Alcaraván" de poesía, que desde entonces vienen fallando los miembros del grupo, y aunque dotado con un premio en metálico poco más que simbólico, tiene un palmarés brillante entre los poetas de

habla hispana. Hugo Emilio Pedemonte, Félix Grande, el recientemente fallecido José Luis Tejada, Leopoldo de Luis, Joaquín Márquez, Mena Cantero y José García Nieto, se encuentran entre los galardonados en sus distintas ediciones. También en 1956, bajo el anagrama de "Alcaraván", comenzó la colección de libros, que hasta 1973 entrega veintiséis a la crítica nacional. Aparte de la "Antología de poetas de Arcos de la Frontera", que prepararon los hermanos Murciano, han publicado en la colección "Alcaraván" poetas como el propio Carlos Murciano, Manuel Mantero, Julio Mariscal ("Quinta palabra" 1958), Pilar Paz Pasamar, Antonio Luis Baena, Antonio Murciano y Mariano Roldán, entre otros.

Ante esta tenaz actividad literaria, parece llegado el momento de abordar la vieja pregunta: ¿Es Arcos de la Frontera un pueblo de poetas? Hay quien lo afirma con una rotundidad que hace huir a los signos de interrogación. Hay también quien lo cuestiona con diferentes argumentos. Particularmente, soy de la primera tesis: en nuestro pueblo, además de los hermanos José y Jesús de las Cuevas, madrileños "arcensados" brillantes y eruditos en prosa, brillan en el terreno poético Julio Mariscal, los hermanos Antonio y Carlos Murciano, Antonio Luis Baena, Cristóbal Romero; Juan de Dios Ruiz Copete en la crítica y el ensayo... Pero no para ahí la cosa: al paso de los años, otro grupo poético, "Liza", vendría a demostrar que "Alcaraván" no fue un hecho aislado. De él salió Antonio Hernández, poeta por su obra. y como no hay dos sin tres, en la actualidad (año 1989), el grupo poético "Calima", en el que destacan José Luis Morante, abulense de Arcos, María Jesús Ortega y Pepa Caro (conocedora y estudiosa de la obra de Julio), con el aliento de una sonrisa de ojos azules que se llama Cristóbal Romero, y el apoyo incondicional de Antonio y Carlos Murciano y Antonio Luis Baena, pretende mantener la tradición poética arcense.

Admitido que Arcos es un pueblo de poetas (los datos hablan), queda por resolver los motivos: No parece que sea la belleza del pueblo, pues, de ser así, no cabríamos en casa. Me refiero a España. Creo que donde hay seres humanos hay poesía,

hay arte, y atribuyo la elevada densidad poética arcense a una especie de lotería artística que nos ha agraciado con el premio gordo. Claro que también pienso que los pueblos doloridos juegan con casi todos los billetes, décimos y participaciones del sorteo....

Volvemos al verano de 1949. El recién licenciado, artillero Julio Mariscal Montes es ya un mozo de casi 29 años, y la postguerra sigue enganchada al carro local. Abandonada definitivamente la idea de estudiar Filosofía y Letras, Julio decide hacer Magisterio: De nuevo a Cádiz, en donde reanuda sus relaciones amistosas y se cita con la poesía y el flamenco. En 1950 obtiene el título de Maestro Nacional y su primer destino es el Colegio "Primo de Rivera" de Cádiz; en él permanece durante el curso escolar 1950-51, para ser destinado luego dos años a El Bosque, en donde coincide con Antonio Luis Baena, también maestro. En 1952 participa en la fundación de la revista "Arquero de Poesía", y en 1953 se produce el nacimiento de su primer libro.

Ya hablamos de la gestación de "Corral de muertos", producto de ese contacto directo, precoz y doloroso con la muerte. De ahí que en los poemas de "Corral de muertos", no aparezca la muerte como un concepto abstracto, como un dolor de oídas, sino que aparezca con toda su ornamentación física: es detallado el deterioro de la carne, del cuerpo humano (con nombres y apellidos) con minuciosidad casi de médico-forense. No está Dios todavía para darle sentido ni consuelo; son la muerte, y su más fiel secuaz, el olvido, los que toman posesión de un cuerpo que ayer era depositario de una información genética milenaria, cantaba, maldecía, iba al amor y que hoy, una guerra entre hermanos, un vulgar accidente o un bacilo nadando en los pulmones, le despoja de su categoría humana y con el tiempo, cuando crezca el olvido (no existe un gusano más voraz que el olvido) no habrá .vivido nunca. "¿Qué te lloran aún, Rosario Atienza?"... Julio sabe que el único miedo de los muertos es el olvido, le consta que es la muerte elevada al cuadrado. Alguien ha dicho que cuando muere un hombre, todos morimos un poco con él. Quizá en todo poema elegíaco haya un acto deses-

perado de autodefensa por parte del poeta, un acto que pretende destronar a la muerte y vencer al olvido a base de mecano-grafía. Eso parece pasarle a Julio, que en cada verso apuntala la imagen del finado para que no se muera tanto, para no morir tanto con él.

Pero los muertos enseñan a vivir. La gente que está en contacto directo con la muerte, se aferra a la vida como un naufrago, se agarra a la cuerda que la carne nos tiende, que nos tiende el amor. Por eso Julio es poeta amoroso, único antídoto (la muerte no puede con dos en un abrazo) eficaz contra la gusanera. "Pasan hombres oscuros" contiene toda la rebeldía, transformada en amor, frente al gran fraude que es la muerte.

"...SU ABIERTO CORAZON PARA LA FUSTA;"

Por aquel tiempo, ya nuestro poeta ha experimentado la atracción (física y espiritual) de la Tierra. La muerte como destino, el amor como salvación y Dios como norte, necesitaban una corporeidad, un elemento simbólico que los agavillara y definiera. Julio encontró ese elemento en la Tierra, soporte de los asentamientos humanos (para él sacros) e idea primigenia de su propio proceso vital. Si el Verbo se hizo carne, Julia se hizo tierra, se unió a ella con la solicitud de los organismos simbióticos. De ahí el amor por su tierra, por Arcos, donde necesitaba volver cuando sus obligaciones profesionales se lo permitían, para cumplirse en su Historia, para darle a la tierra su personal destino...

El curso escolar 1955-56 lo imparte en Espera, a doce kilómetros de Arcos. Durante este curso se publica su segundo libro, "Pasan hombres oscuros", libro que, como dije, es la alter-nativa vital, en clave de amor, frente a la muerte.

Hay una mujer en Arcos que guarda unas 'cartas de amor y todavía llora cuando se habla de Julio. El remitente de aquellas cartas no era otro que el poeta, y aunque la literatura es una sín-

tesis, y un libro de amor puede tener como protagonista a más de una mujer (a más de un amor), parece que es ella la mujer de "Pasan hombres oscuros", si bien también está presente la joven de "Poemas a Soledad". Lo que sí está claro es el magisterio de Julio en el amor: hay que huir de la muerte y ello sólo es posible girando en "torno a un ser humano para que nos salve de la oscuridad igual que el sol a sus planetas. Sólo se ve la luz a través de otros ojos y por eso Julio no absorbe a la amada y le obstruye la visión, sino que la observa a distancia para impregnarse del universo que ella pulimenta. Ya lo dijo mejor Antonio Murciano: "Te separo de mí por verte entera": por verlo todo entero, sin la angostura mental que produce la monomanía de los amores falsos. De ahí que el poeta, en su enhiesto girar alrededor de esa mujer de ayer que hoy guarda cartas con besos, viese "pasar hombres oscuros con su miseria a cuestras". También verá el hambre de las prostitutas en la plenitud amorosa de "Poemas a Soledad" y también verá todo el entramado de la injusticia social en ese libro que es también de amor, de amor comunal, que va a llamarse "Tierra de secanos". Aclarar aquí (entre paréntesis) que la prostitución, hipócritamente condenada pero tácitamente consentida en los pueblos, era la única posibilidad de llegar al sexo para unos muchachos que debían "potrearse" en esas lides para llegar al matrimonio con la necesaria experiencia. No eran pocos los que después volvían a ese amor subastado y salvaje tras unas relaciones conyugales domesticadas y meramente procreadoras.

¿Y qué pasó después? ¿Qué es "Poemas de ausencia". No es que el hecho de la claudicación ante otras tendencias amorosas fuese obra de una contundencia de inesperada irrupción, sino que fue un proceso largo .en el: tiempo, con el poeta en lucha permanente con ese amor a "contramano" que acabaría por anular o disipar al amor socialmente previsto. A otro ser humano, producto de otra sociedad que respetase al hombre por encima de convencionalismos impuestos; no hubiese causado ningún trauma esta nueva forma que amor, que en el fondo no hubiese significado más que otra táctica en la perpetua lucha del amor contra la muerte. Pero no en: Julio: su sociedad, su Arcos de la

Frontera de aquellos años, segundo lustro de los 50, no estaba por respetar al ciudadano por encima de todo. Utilizaba a Dios y a la Policía contra todo aquel que osara practicar relaciones designadas *con* calificativos diversos, a cual más denigrante.

Eso creo que fue "Poemas de ausencia", la retracción vital de un hombre que sabe hacia donde le va a llevar una carne, un cuerpo, más hondo., más sabio que el cerebro (culturalmente adiestrado) y que le hará colisionar con las consignas religiosas y políticas. Su refugio en la evocación y la nostalgia es el principio de un proceso de deterioro vital (se cree impuro ante Dios y ante los hombres) que le llevará a la abulia y la displicencia impenitentemente asumidas (he oído decir a un amigo suyo que Julio Mariscal fue el principal enemigo de Julio Mariscal) y a la enfermedad física.

Julio publica este libro en 1957, año en que ejerce su profesión en la localidad onubense de Santa Bárbara de Casas. De aquí se trasladará, a Paterna de Rivera, en donde permanece hasta 1967 Y donde sembrará letras flamencas en las gargantas de cantaores locales. Allí también contribuirá a la revitalización de la cofradía de penitencia de "La Soledad" de Paterna, y enfermará del estómago (el órgano físico más permeable a los problemas psíquicos) después de haber conocido interrogatorios policiales y judiciales y el inhóspito alojamiento de la cárcel. El delito cometido, por mucho que el Código Penal entonces vigente .le diese otra tipificación, no era otro que el amor. Por fortuna para él, en estos momentos durísimos, su familia y sus amigos estuvieron a su lado.

1958: La colección "Alcaraván" sigue ¡dando frutos, en este caso el fruto en sonetos de la religiosidad de julio: ...velatorios de aguardiente, borrachos aspirantes a olvido, paternas caciques, "el pueblo, ya sabéis..", y un poeta que hace literatura de dolor, y hace del dolor veinte sonetos que ofrece como un ramo sobre el "paso" de un Crucificado. Patética ofrenda de un ser ya (a sus 36 años) a la intemperie de unas fuerzas de igual dirección pero de sentido contrario, que le clavan en la tierra (le hacen tierra) siempre mirando a Dios.

"PUEBLO DE ESPAÑA, ELEMENTAL, CLAVADO,"

Comienza la década de los 60 y va a producirse otra inscripción en el Registro Civil de Arcos que afecta de lleno al poeta: el 31 de enero de 1960 fallece su madre, Dña. Josefa Montes Iyázquez; nuevo golpe a la ya mermada vitalidad de Julio. El fallecimiento se inscribe al folio 327 vuelto, número 652 de la sección correspondiente del Registro.

En las afueras del pueblo, en la moral de nadie, en una colada próxima a la carretera de Bornos, acampan los gitanos nómadas, polvorientos y sucios, gente sin tierra ni edad. En mi calle, la calle del Molino, hay un niño de algo más de seis años que canta un fandango a los borrachos y les saca "dos gordas". Algunos lloran escuchando y se tragan las lágrimas mezcladas con vino...

Año 62, tenía que contarlo: yo recuerdo a mi padre, salir con la maleta, y recuerdo a mi madre, la mano en la mejilla y la mirada lejos como aquel Jovellanos de los libros de historia, mientras la otra mano, al regazo, acaricia una carta donde nos llega el pan en marcos alemanes. Era la emigración, respuesta pacífica de unos jornaleros a los que se negaba el trabajo en su propia tierra. Esta emigración hizo posible la salida de la postrada situación económica, pero las noches sin beso de mi madre, de las madres de muchos, es algo que habría que contar...

Subraya el profesor universitario Antonio Miguel Bernal en "Aproximación a la historia de Andalucía", publicada por varios autores en la editorial "Laia" de Barcelona, que "en una sociedad agraria, latifundista y fuertemente proletarizada, quien tiene la propiedad de la tierra también tiene en sus manos la posibilidad del trabajo, y más aún, el valorar y tasar el precio de ese trabajo. Es lo que en moderna terminología se denomina violencia estructural de un sistema", Los jornaleros, población mayoritaria en Arcos, hubieron de salir de su tierra impulsados por esa vio

lencia, buscando otros lugares ¡a miles de kilómetros de distancia! para poder ganarse la vida.

Es en este marco en donde la colección jerezana "La Venecia" publica el libro "Tierra de secanos", rebelión cristiana contra una sociedad injusta. Recalco lo de cristiano. No fue la política la que llevó al poeta a la denuncia social; fue el amor hacia una gente desheredada y, partiendo de ese amor, está claro que era Jesucristo el inspirador de la rebeldía. Mas este libro no es sólo denuncia. Como antes se ha dicho, es también un retrato fidedigno de una sociedad de postguerra con sus costumbres, sus vicios y sus virtudes, y por otra parte el libro revela la interrelación del hombre con el elemento te14rico, la eterna simbiosis de dos elementos (tierra y hombre) destinados a complementarse y a hacerse una misma materia. Está claro que Julio no eludió ese destino, porque en él estaba la esencia unificadora de los otros tres ejes de su vida y su obra: la muerte, el amor y Dios.

"...DESAMPARADO y SOLO"

Y tocamos "Tierra". Julio tiene ya 43 años y el pueblo ha celebrado los "25 años de Paz". De todas formas, aunque aupadas por la emigración, las economías familiares continúan en precario, si bien el progreso encala las fachadas. Desgraciadamente, siempre los avances materiales han ido por delante de los avances morales, y digo esto porque en el terreno des respeto al ser humano hemos andado (girado) poco en las últimas décadas: el amor sigue siendo pecado a menos que se realice en unas condiciones óptimas de asepsia y cuente con las bendiciones eclesiásticas. "Tierra" significó poner sobre el tapete unas relaciones amorosas traumáticas a las que faltaban aquellas premisas. Convertido en tierra para expiar su falta de acuerdo con el mundo, ofreciéndose a Dios y con la literatura como terapia, va a vivir Julio los doce años que le quedan de vida.

Sin embargo, la literatura parece acompañar los ciclos vitales de un poeta, de un escritor. Su ya irremisible abulia va seguida

de un escribir más lento, más tardo, más doloroso si cabe. Sus amigos lo perciben y tratan de estimularle en la medida de lo posible. Gracias a este estímulo (gracias a Carlos Murciano) va a salir en 1971 "Ultimo día".

En ese año, Julio Mariscal ejerce ya en Arcos su profesión de maestro; lo hace en el Colegio de las Nieves, donde realizó también sus estudios primarios y el Bachillerato. Ya baja por las calles, como lo conocimos los más jóvenes, a fundirse con la tarde, tratando de unir el ocaso de su existencia al crepúsculo natural. Aunque aún no ha cumplido los 50 años de edad, la vejez ha tomado posiciones precoces en su cara. Le queda toda- vía algo de su belleza juvenil, pero tiene la muerte entre los ojos. De muerte va tratar "Ultimo día", de muerte y Dios.

Se reiteran los temas de forma obsesiva: el poeta, que empezó con la muerte (Corral de muertos), completa la traslación con el mismo tema, si bien es cierto que con claras diferencias, producto de su evolución metafísica.

Si el contacto precoz con la muerte hizo que Julio concibiera a ésta de viva voz, a lo largo de los años ha conseguido llenarla de sentido mediante el concurso de Dios, para él verdadero destinatario de la historia humana. Los hombres y la tierra, matrimonio indisoluble, comparecen ante Dios, ante su juicio final, para dar cuenta de un pasado que ya ni les pertenece ni desean. Los muertos no vuelven porque adquieren una digna atemporalidad incalibrable por los vivos...

Dos años antes de la muerte de Julio Mariscal, se produce un hecho nacional de evidente repercusión en Arcos de la Frontera: la muerte del General Franco significa en España un proceso de apertura irrefrenable, que desemboca en las avenidas de la democracia. Ese mismo año se publica "Poemas a Soledad" merced al tesón de Guillermo Sena y cuando el poeta estaba ya física y psíquicamente derrumbado. Estos "Poemas a Soledad" son el fruto de aquel primer amor adolescente, y habían sido publicados, en su mayor parte, en revistas literarias.

Año 1976; Si ante la irrupción del amor "oscuro" Julio Mariscal respondió con "Poemas de ausencia", poemas de evocación nostálgica, ante la llamada de la muerte el poeta vuelve a la nostalgia, esta vez como recuento de toda su experiencia humana. Esta melancolía se plasma en "Trébol de cuatro hojas", libro que publica "Angaro" , editorial a la que está vinculado entonces Antonio Luis Baena.

Pero Julio era ya un ser ajeno a la vida, ajeno a todo. Tenía la terquedad y la displicencia de los muertos, a los que virtualmente pertenecía. Encorvado, aterido, sediento de café, le vimos por las tardes de aquel 1977 agitado, Pepa Caro y yo, mientras el pueblo de Arcos, el andaluz, traducía por justicia la proclama autonómica de los del Norte. Julio ya estaba muerto: lo que ocurrió en Jerez aquel día de noviembre fue un trámite preciso, burocrático, para rellenar unos impresos médicos una página del Registro Civil, sección de fallecimientos.

Al día siguiente, bajo una lluvia sublime copiada de los ojos de sus amigos, Julio Mariscal Montes fue enterrado (él lo había hecho antes, ya era tierra mortal y enamorada) en el Cementerio de San Miguel, de Arcos de la Frontera...

Mas no acabó ahí la obra literaria. Con la expectación y la alegría que producen los hijos póstumos, empeñados en poner en ridículo al tiempo, se publicó en 1980 el libro "Aún es hoy", constituido por poemas engendrados en 1974 y donde el poeta hace literatura de su muerte durante la vida: se siente ya prescrito, y esa prescripción le lleva a dudar de su vida pasada. Como se ve, nuevamente el olvido, en sus múltiples formas, ronda por sus poemas.

Volviendo al principio, en los poemas de Julio se palpa una búsqueda constante de la dignidad humana, siempre utópica en el mundo real. Su otro universo, el poético, le indemniza de tanta podredumbre y tanto deterioro y le reconcilia consigo mismo y con un mundo que no es, ni mucho menos, el mejor de los imaginables.

Y hemos llegado a hoy. Es noviembre otra vez y he visitado la habitación donde Julio escribía. Me ha abierto las puertas la amabilidad de Aurelio Sánchez Mariscal, sobrino del poeta y depositario de su obra. Me miran los retratos con esa persistencia y esa obstinación con que miran las fotografías de los muertos. Después de haber tomado algunas notas con la constricción del que se halla ante un altar, he salido a la calle, a las venas del pueblo. El tiempo sigue girando entre la cal y el luto, vienen las primaveras, se casan las muchachas... "El pueblo ya sabéis..."

Arcos de la Frontera, 1989.

"MI ANTOLOGIA "

CIFRES

A Felipe Sordo Lamadrid

*Aquí, donde los hombres se han tendido
para olvidarse dentro de su muerte,
tú sigues vertical, sin ofrecerte,
limpio y sonoro al último latido.*

*¿Qué manos que ya fueron se han unido
en tierra cruda para sostenerte?
¿Qué talle de otro abril vino a traerte
ejemplo en las cenizas de su olvido?*

*Bocas sin risa, senos, cabelleras,
se mezclan en tu sangre, envenenada
por el terrible empeño de la altura.*

*¡,Qué loco derrochar de primaveras
en el tapete verde de la nada
para que se cumpliera tu hermosura!.*

(De Corral de Muertos).

ROSARIO ATIENZA

A José Antonio Rosado

*¿'Quién eres tú, "Rosario Atienza",
y quién "Tu esposo e hijos que te lloran"?
Sabemos
que fue en octubre, un veintisiete
de hace ya", ¿Cuántos años?
¿'Cuántos olvidos desde aquel octubre?,*

*Iba a pasar de largo, Estaba
por no pararme un tan siquiera, Pero
los ojos me han huído
de tanto inútil ya clamor de nombres,
de esperanzas que fueron con las mías,
y me han traído hasta este mármol tuyo "
sin manos que se estrechan,
sin el vaso de agua
o el "Tanto gusto" de las buenas formas,
Iba a pasar de largo, Pero mira:
vuelvo a la flor y al hombre que se mueven
por otros vientos que los de estos chopos
y he pensado: Quizás tú quieras algo,
un beso o un consejo o una camisa limpia
para ese esposo e hijos que te lloran,
¿'Qué te lloran aún, Rosario Atienza?,*

(De "Corral de Muertos!").

*Te nombro fuente, atardecer; locura,
jazmín, recuerdo, corazón o estrella;
y no encuentro palabra que te alcance
elemental y mía como eres.*

*Digo entonces: mañana, selva, espuela,
horizonte o nostalgia, río, espuma;
y aún no me llegas toda, aún te resbalas
de entre mis manos como un agua esquivada.*

*Y sigo loco: rosa, niña, aurora,
lumbre... ¡Qué vanas todas las palabras,
todas!, y tengo entonces que apretar los labios
y miniar tu figura de silencios.*

(De "Pasan hombres oscuros").

XX

*Pasan hombres oscuros con su miseria a cuestras,
son los abandonados, los proscritos del sueño,
hombres con horizontes de monedas y olivos
que no alcanzan la tierna perfección de la rosa.*

*Es inútil gritar les: aquí tienes el oro,
en este cielo puro millonario de estrellas,
ven a saciar tus manos en los lentos crepúsculos
a coronar tus ansias de brisas y recuerdos.*

*Es inútil gritarles porque seguirán siempre
disputándole céntimos al alba o a la nube,
calculando los acres de cada sementera
aunque el surco delire florecido de alondras.*

*Pero tú y yo sabemos, Soledad, de ese niño
cuyo llanto levísimo colma la madrugada,
y que este andar soñando por caminos de luna
es algo más que el tópico de un siglo amortajado.*

*Deja que ellos prosigan con su lastre en el alma
cautivos en el debe y haber de las fanegas,
ligeros de equipaje, aquí estamos nosotros
bebiéndonos el mundo con nuestras ilusiones.*

("De "Pasan hombres oscuros").

III

*PONDRE MIS ILUSIONES a la puerta
de este sol de domingo.*

*Me iré vistiendo el corazón de rosas
para muchachas nuevas
como el agridulzor del primer beso.*

*Ya otra vez yo: /Miradme!
la risa abierta, la palabra torpe,
y las manos colmadas
de canciones de abril, guiños, estrellas..
Pero en lo hondo, aquí; para nosotros solos:
Esta espina, Dios mío... Estas espinas...*

(De 'Poemas de ausencia').

XXII

*VAN LLEGANDO -esta noria de los días,
esta vuelta a empezar cada mañana
los mismos horizontes que tuvimos,
que colmaron de pájaros los sueños.
Las tardes de alameda,
el árbol con las viejas iniciales,
este recodo en que -¿te acuerdas, dime?
te sentiste mujer por vez primera.
Van granando -recuerdos y paisajes
hacen al corazón tornarse alondra
las mismas margaritas de ilusiones
en el yermo terrible que es el mundo.
Pero en cada esplendor y en cada nube,
en cada paraíso de otras veces,
hay una sierpe lívida, un oscuro,
enorme aguijonazo de tristeza.
Y es que -amor mío, deja que te evoque,'
que me acibare el labio con tu ausencia
ya no eres tú quien -niña- me sostiene;
quien -abril- me floreces al costado,
sino este invierno crudo, esta cizaña
más dura cada vez de tu vacío.*

(De "Poemas de ausencia").

LA LANZADA

A Blas de Otero

*¿ Y qué? Después de todo, otro que bebe
la paz entre los canes del olvido;
Rabí Jesús, ya Cristo, atardecido
bajo la luna de la parasceve.*

*¡Rematadlo! ¡De prisa! No se atreve
la muerte a deshojarlo tan vencido;
pero queda una lanza y un rugido
de muchedumbre hacia el costado breve.*

*Ya está. La sangre brota del costado.
No hay que partir los huesos. No hace falta.
El Sábado está aquí con su alegría.*

*Rabí Jesús quedó del otro lado.
La luna del Nisán, redonda y alta,
se copiaba en sus ojos todavía.*

(De "Quinta palabra":).

ECCE-HOMO

A Manuel Mantero

*Así es como te quiero. Así Dios mío:
con el dogal de "Hombre" a la garganta.
Hombre que parte el pan y suda y canta
y va y viene a los álamos y al río.*

*Hombre de carne y hueso para el frío
guiñol que nos combate y nos quebranta.
Arcilla de una vez para la planta
y el látigo del viento y del rocío.*

*Así; Señor; así es como te espero:
vendido por el fuerte, acorralado,
cara al hombre y al mundo que te hiere.*

*Carne para los perros del tempero,
piedra en que tropezar; luz y pecado
hombre que solo nace y solo muere.*

(De "Quinta palabra").

EL PUEBLO

*El pueblo, ya sabéis:
un puñado de casas, una plaza, una fuente,
una vieja rutina de misas y rosarios,
y luego un horizonte cansado de olivares,
eternos lutos, recuas y canciones;
tres días de verbena para la Cruz de Mayo
y el baile transparente del domingo.
Alguna vez también se muere alguien,
viene el Señor Obispo, cambia el Cabo
de la Guardia Civil... En fin, las cosas.*

*Los días van hundiendo su escalpelo
en la corteza enorme del hastío,
porque "Pueblo" es sudar; parir; partirse
el alma sobre el yunque o el arado,
sopas de ajo al despuntar el día,
sopas a media tarde y a la noche,
mullirse bien la carne
para la bota enorme del cacique
y madrugadas en que la miseria
vuelve caricatura el pan y el beso.*

*Pero también el pueblo tiene su espadaña,
su romero, sus niños, sus canciones de rueda,
su leyenda inefable*

*como un claro "decir" del diecisiete...
y aquí está ya en su entraña desgarrada,
su abierto corazón para la fusta;
Pueblo de España, elemental, clavado,
remachado entre olivos e intemperie;
pueblo de largas privaciones, pueblo
desamparado y sólo,
tendido en la campiña como una mano abierta
implorando un poquito de compasión,
un celemín siquiera
de eso que llaman paz, sueños, desvelos....*

(De "Tierra de secanos").

EL PEDRISCO

*El ángel malo de diciembre tiende
sus alas sobre el campo.*

*Como una bofetada de Dios, como un oscuro
deambular por noches sin estrellas,
el pedrisco achicharra el verdiplata
del oliva; el verde
tierno de algún almendro,
y ese verde-gloria,
verde-esperanza, verde
del trigo sin gesta; vivo y caliente
que el campesino lleva entre los ojos.*

(De "Tierra de secanos").

*Amor mío, amor mío", ¿'Cómo
se hará flor esta frase entre mis labios?
¿'Qué alameda de niños con cometas
tirándole chinitas a mi sangre,
para que pienses "noche" y digas "rosa",
"estío" y se te vuelva otoño, "esquina"
y se abra como traca de rubores,
como arcángeles finos
atizando el rescoldo de lo blanco?,
¿, Y cómo he de decirlo yo, amor mío?
¿'Cómo para que no te suene a calderilla,
a mordisco con sombras, a locura, a beso
emparedado entre sigilos?,*

(De "Tierra").

*Tengo tu corazón,
pero tan apretado de silencios,
tan vallado de esperas y sigilos,
que tengo muchas veces que ahogarlo,
convertirlo en recuerdo
para llevarse al labio en primavera.
Y pienso entonces: "No, no; lo otro,
el piso con el gas,
las ocho horas de oficina,
el cocido y el cine de los jueves,
la mujer y los hijos... Como todos".
El corazón se viste
con la ceniza gris de la cordura:
"todavía es posible". "Todavía"... Y mis manos
rasgan sombras y estrellas prohibidas,
manzanas y serpientes
donde la sangre se me injerta en rosas.
Y ya tu corazón entre mis manos
y las manos tendidas; y es entonces,
amor mío, es entonces
cuando tu corazón late en mi sangre
como un pájaro loco en agonía.
Y vuelvo a ser contigo tierra y tierra,
carne para la bota de los otros,
y a olvidarme de todo,
Y a mandar al diablo la cordura.*

(De "Tierra").

EL CANTAOR FLAMENCO

Señor: yo te he ofrecido
lo mejor de mi cante:
te evoqué, humilde, en hondas siguiரியas,
te clamé en soleares
y dejé en la toná mi oscuro sino
al cara o cruz de lo que Tú dijeras.
Yo no era nada, ni pasión, ni fuego,
ni voz, ni carne, ni osamenta:
Yo era sólo el fandango o la alegría.
Lo demás era humo
sonrisa o mueca por "seguir tirando".
¿Qué quieres que traiga en la Última Noche,
cuando los negros, lentos bueyes tiran
de un mundo que no es nada,
que, tal vez, no llegó a ser nada: estiércol,
o gusano sin sol, bajo la tierra?
Aquí, Señor:; mi voz y mi tristeza,
lo despeinado y sucio junto al tercio
más cabal de mi copla.
Tómame ya, Señor:; si es que algo queda
de aquello que no fui:
pero dame, Señor:; sólo un instante
sólo el tiempo de un soplo en mis cenizas
para llorarte la última saeta...

(De "Último día").

EL AVARO

*¡,No! ¡,No! ¡,La carne no! ¡,Por Dios, la carne
dejadla, árbol o fuente, ahí en la tierra!
Ni los huesos tampoco. Estoy seguro,
blaqueados de sol, desvencijados,
que están, paisaje o rodrigón, sobre el olvido
más alto que en mi frente o en mi boca.
Pero la mano sí. La mano. Toda
la mano con su vello y su osamenta,
con su maraña azul de antiguas venas,
con sus uñas curvadas, cultivadas
para alzar el negocio y la mentira.
Y con toda su fuerza
con su cabal potencia -hiel, granito-
para apretar y más, más todavía
esta última moneda, esta redonda
lepra de sol que aún llevo entre los dedos.*

(De "Ultimo día").

*Yo me pregunto: ¿Existen dos lágrimas iguales?
¿Dos aguas con la misma rumorosa nostalgia
o dos lunas tan blancas que no sepamos nunca
cual de las dos es una, primitiva y distinta?
Decidme si es posible deshojarse de nuevo,
acacias de un noviembre ya vacías de trinos,
o qué reloj de lentas campanadas sonoras
señala doblemente el minuto que escapa.
Decidme, porque siento repetirse en mi sangre
el dolor imposible de los primeros besos,
y me pregunto: ¿Puede nacer cada mañana
lo que cada crepúsculo amortaja de estrellas?,*

(De "Poemas a Soledad").

XVIII

*Yo sé que alguna tarde,
-será ya otoño y caerán las hojas,
y vendrán los rebaños,
y habrá un triunfo pálido de nubes-
Yo sé que alguna tarde -te decía-
me sacaré este clavo de tu ausencia.
La lima de los años
me irá puliendo tu recuerdo;
los mordiscos de días con sus luchas
me harán más espaciado hacia tus ojos;
la campana
-la terrible campana del deseo-
me llevará la sangre hasta otra sangre.
¿Y para qué seguir? retornarán las rosas
y no será tu mano quien las corte.
Miraré en otros ojos las estrellas,
cabalgaré rumboso de impaciencia
hacia otra cita con posibles besos
y hasta diré si alguno me reprocha:
"¡¡Qué quieres!!", es la vida
y llegaré a pensar: "Qué inoportuno
venirme ahora con... Qué inoportuno"
Y esto será en otoño
que adormece la pena entre nostalgias;
y caerán las hojas
y se irá entre las hojas tu recuerdo...*

*Pero no, Soledad, no habrá septiembre
para esta pena mía.*

*Tú sabes que esta pena
está de pie, bramando como un toro
por los prados, tan suyos, de mi sangre,
y que escribo estas cosas
por escribirlas... ¡Qué se yo!... Por éso,
porque mientras escribo
me parece que estás junto a la mesa
leyéndolas por cima de mi hombro
y que, al mirarte, vas a sonreírme,
y en tu sonrisa se abrirá una lágrima
mientras que juntas toda tu ternura
para decirme: "Bobo, rompe éso ". ..*

(De Poemas a Soledad").

PRIMER AMOR

*Aquí también has de tener tu sitio,
primera rosa en mi jardín umbrío.*

*También un sitio entre las cosas idas,
valladas por el tiempo y el recuerdo.*

*No escribo un nombre, ¿para qué?, tú sabes
cómo palpitas en todo el poema,*

*cómo era de clara y niña entonces
esta sangre madura ya de abrojos.*

*Subíamos cantando La Cuesta de Noriega
con los textos perdidos de aquel bachillerato,
nos mirábamos fijos en la misa de Doce,
rozábamos la lepra del primer desengaño.
Inaugural, tu eras voz para esta voz mía,
te iba leyendo a solas mis primeros poemas:*

*"el barco de juguete", "La canción de los pinos"
o aquel otro que empieza: "Si pudiera encontrarte... "
y no comprendí entonces que ya te había encontrado,
que estabas toda entera latiendo en cada letra
y que cada minuto era un ramo de lilas
para adornar los claros sueños de tu silencio.*

*Ahora, ya perdido el girasol del tiempo,
cansino de veredas dispares, desencantos,
vuelvo a traerte pura a mi blanca cuartilla
para decirte algo que, acaso, callé entonces*

y que, quizá, prefiera callarlo todavía

(De "Trébol de cuatro hojas').

FINAL

*Porque sé que estoy solo,
que tú y aquel y el otro no vais conmigo,
ni estáis en mi siquiera. En la inmensa
noche del mundo Dios marcó unos surcos,
repartió unas parcelas de destino
y a mi me tocó ésta
de mirar hacia atrás y no ver nada,
de enderezar los ojos al camino
y no encontrar más luz que piedra y piedra
y más piedra aún
donde no ajuste el pie y el cuerpo dance
en un triste milagro de equilibrio.
Y yo sé que estoy solo, y sin embargo,
creedme si queréis, no lo siento
porque es mejor estar con uno mismo,
asido a sus pasiones, sus recuerdos,
su loco corazón acribillado
por la ausencia mortal de algún humano
que tender hacia otro cinco dedos,
carrusel de mentiras,
Los cinco dedos con que ahora escribo.*

(De "Trébol de cuatro hojas").

REBELDIA

*Amor: ¿Por qué has venido otra vez, dime,
hasta mi oscuro, desolado pecho?*

*¿Es que no te has saciado de escupirme
en todo lo más limpio, lo más puro,*

si es que algo limpio y puro aún tenía?

Gira la noche solitaria escueta

como un pobre minué desentonado;

a ráfagas el aire deja, leve

un olor a jazmines desvalido.

Pero vienes amor; hoy veinticuatro

de abril otra vez vienes, y me pregunto:

*¿Es que aún no han bastado este cilicio
y este carbón de sombras en el sexo?*

Déjame solo con mis desengaños,

con mi antigua esperanza alanceada;

déjame aquí; clavado en este día:

veinticuatro de abril y vete, vete.

(De "Aún es hoy").

LLAMADA AL AMOR

*No vengas otra vez. Sigue, persigue
sangres con quince años, amapolas,
lunas de abril o corazón abierto
porque yo ya hace mucho que me puse
el cilicio de octubre en la cordura.
Juega a las cuatro esquinas con las niñas
que todavía no vieron tu cizaña;
clava tus amargores en el labio
que no encuentra otro labio para unirse.
Pero no, ven, ven cuando no te espere
aunque tenga la sangre machacada.
Ruge otra vez por este bosque mío
de años perdidos en los desengaños,
corre, ven, otra vez, me encontrarás abierto
como el labio sutil de la granada
y volveré contigo aunque en los ojos
me escueza el verde y ocre de la muerte.*

(De "Aún es hoy").

Acabose de imprimir este libro
el día 26 de febrero de 1990
en los talleres de
GRAFICAS MIRTE, S.A.

Pedro Sevilla nació en Arcos de la Frontera en 1959. Ha publicado poemas en un cuaderno editado por el Excmo. Ayuntamiento de Jerez dentro del ciclo "La Poesía más joven". Tiene un libro de poemas en imprenta que saldrá en la sevillana colección "Barro".



Edita: Excmo. Ayuntamiento de Arcos de la Frontera